Colaboración del
Consejo
General
3ª época

número
165
Abril/junio 2026

PLIEGOS de Rebotica

50 AÑOS

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE FARMACÉUTICOS DE LETRAS Y ARTES

AEFLA

ASOCIACION ESPAÑOLA DE FARMACEUTICOS DE LETRAS Y ARTES

https://www.farmaceuticos.com/farmaceuticos/publicaciones/pliegos-de-rebotica/

https://www.aefla.org/

CINFA, MÁS DE 50 AÑOS TRABAJANDO
POR Y PARA LOS PACIENTES.

cinfa
Nos mueve la vida

Manuela Plasencia Cano

El prodigio *de la serendipia*

En el vasto universo de la ciencia médica, pocos procesos han dejado una huella tan indeleble como la investigación en los laboratorios farmacéuticos. Sin embargo, existe un fenómeno casi mágico que desafía toda previsión y planificación: descubrimientos fortuitos que surgen inesperados, como destellos de genialidad en medio del caos. Es lo que conocemos como *serendipia*.

Fue Horace Walpole, allá por 1754, quien acuñó el término, inspirado en un antiguo cuento persa. En el mundo de la farmacología, este concepto ha tejido historias que rozan lo extraordinario.

El caso más emblemático es el de la *penicilina*. En 1928, el laboratorio de Alexander Fleming fue testigo de un milagro fortuito: un moho contaminó accidentalmente sus placas de cultivo bacteriano, revelando su capacidad para frenar el crecimiento de bacterias. Ese momento, Fleming podía haber tirado las placas de cultivo sin mayores consideraciones; pero no. El fruto del pensamiento científico y de la perspicacia investigadora de Fleming, dio paso al primer antibiótico de la historia, cambiando el destino de la humanidad.

Décadas después, otro golpe de suerte marcaría la farmacología moderna. El *sildenafilo*, principio activo del famoso Viagra, fue inicialmente diseñado por Pfizer para tratar la angina de pecho y la hipertensión arterial. No obstante, los ensayos clínicos revelaron un efecto secundario inesperado: mejoraba la función eréctil. Así, en 1998, este hallazgo casual se transformó en un hito que cambiaría para siempre la vida de millones de personas.

Otro ejemplo fascinante es el del *minoxidil*. Este medicamento nació con la intención de combatir la hipertensión, pero el destino tenía otros planes. Los investigadores observaron que sus pacientes reportaban un sorprendente crecimiento capilar y el minoxidil se consagró como uno de los tratamientos más efectivos para la alopecia androgénica.

Estos casos nos recuerdan que el progreso no solo se nutre de lógica y planificación, sino también de la capacidad de reconocer lo extraordinario en lo fortuito. Cada experimento fallido, cada camino errado, añade un ladrillo al edificio del conocimiento colectivo; pues la ciencia no es más que un esfuerzo continuo y progresivo, cimentado en los logros y aprendizajes del pasado.

La ciencia, al igual que la vida, está llena de sorpresas que pueden cambiarlo todo.■

ÍNDICE

Nº165 Abril / Junio 2026

Portada
y
Contraportada

Celebrando
los 50 Años
Pliegos de Rebotica

EDITA
AEFLA en colaboración
con el Consejo
Gral. de COF
c/ Villanueva, 11
28001 Madrid
aefla@redfarma.org

DIRECTORA
Manuela Plasencia

SUBDIRECTOR
Pablo Martínez

CONSEJO DE REDACCIÓN
Margarita Arroyo
Almudena Barbero
Inma Gimeno

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Simona Vlaseva

IMPRIME
Monterreina

DEPÓSITO LEGAL
M-15489-1975
ISSN:0214-4867

NOTA
Todos los articulos insertados
expresan únicamente
la opinión de sus autores.

AEFLA EN INTERNET

AEFLA aparece en Internet con identidad propia. Estamos en:

www.aefla.org

Teléfono 624 98 60 94

Email: pliegos@aefla.org

YouTube:AEFLA
Twitter: @AEFLAJunta
Instagram: aefla.es
Facebook: aefla

10

34

28

32

48

CARTA DE LA DIRECTORA
3 Manuela Plasencia

TRIBUNA
5 Breve historia de Pliegos de rebotica II

RETROSPECTIVA
6 *Amigas y conocidas* – Marisol Donis

RELATOS
8 *Estrenando zapatillas* – Mª Ángeles Jiménez
10 *Aprendiendo a ser viuda* – Andrés Morales Rotger
12 *Patapalo*– Rafael Borrás
14 *La niña* – Juan Jorge Poveda Álvarez

BOTÁNIKA
16 *La longevidad de las plantas*
Stübing, Sanchis y Peris

CINE
18 *Sinuhé el egipcio: veinte años para construir una pirámide, diez minutos para cavar una fosa*
José María de Jaime Lorén

BIOGRAFIAS
20 *El médico-Papa Juan XXI y su "Tesoro para pobres"* – Pablo Martínez Segura
22 *El arcano de la quina de José Celestino Mutis*
Joaquín Herrera Carranza

POESIA
23 Nuestros poetasr
24 Poetas de hoy

PINTURA
26 *La huella del agua* – Carmen Tormo Almiñana
27 *El Greco y Cervantes pigmentos y palabras*
Rita Moreno

ENTREVISTA
28 Entrevista a María Paz Martín Esteban
Margarita Arroyo

ENSAYOS
30 *Templum libri* – Beatriz Brasa Arias
32 *Malos tiempos* – Paloma Celada Rodríguez
34 *Escritores con vocación boticaria*
José González Núñez
36 *Magia* – Aurora Guerra
38 *Aromas que persisten del alquimista medieval al mostrador de la farmacia* – Victoria Lliso Roig

INSCRIPCIÓN NUEVOS SOCIOS
39 Boletin de inscripcion *ONLINE*

VIAJES EXTRAORDINARIOS
40 *Florencia: no solo arte I*
Asuncion Vicente Valls
42 *El espejo oscuro de la Laguna Negra*
Inés Sánche

EL RINCÓN DEL BIBLIÓFILO
44 *Entre la razón y el temblor una lectura de Entre Kant y canto* – Enrique Granda Vega
45 Reseña de libros – José Félix Olalla

MOSAICO
48 *Perros guía: ayuda inestimable para los ciegos*
Carlos Lens Cabrera

ATALAYANDO
50 *Quimicofobia y la tabla maravillosa* (y II)
Cecilio J. Venegas Fito.

Breve historia de Pliegos de rebotica II

"Nuestra ventana al exterior"

Juan Manuel Reol Tejada

...Y continúa con su misión de recoger la cada vez más activa y prolífica actividad de AEFLA que se incrementaba en todos los campos y se da un paso más allá en el planteamiento de su quehacer, pues nuestra asociación decide que su actividad debe ser conocida más allá de nuestra frontera y no circunscribirse únicamente al recinto farmacéutico, como ya había deseado nuestro fundador Federico Muelas, e incluirse en la actualidad cultural del momento. Se llegó al acuerdo de que *Pliegos de Rebotica*, a la que Juan Manuel Reol Tejada, bautizó como "nuestra ventana al exterior", sería el medio más idóneo para conseguirlo. El proyecto requería conseguir entablar relación con personajes relevantes de la vida cultural o pública, ser reconocidos por ellos y así poder introducirnos en lo posible, en el ámbito cultural general. Otra vertiente consistía en conseguir la colaboración en nuestras páginas de escritores importantes que demostrasen así que creían en nosotros.

No era fácil conseguirlo, pues como es lógico, sus colaboraciones estaban bien pagadas, su tiempo escaso y nosotros no les ofrecíamos otra cosa que nuestro agradecimiento. En estos casos no hay más remedio que involucrar a los amigos, así que empecé a hablar con ellos para exponerles nuestro proyecto. Realmente respondieron todos para colaborar de una u otra forma sin condiciones. De esta manera *Pliegos* se abrió a primeras firmas. Lo hicieron por amistad, pero también porque encontraron el proyecto interesante y que merecía ser apoyado. Gracias a ello, colaborando a lo largo del tiempo tenemos periodistas, músicos, escultores, pintores, escritores y políticos de la talla de Juan Van Halen, Vela Zaneti, Carlos Murciano, Juan de Abalos, José Gerardo Manrique de Lara, Diego Carcedo, Gregorio Peces-Barba, Julián Marías, Sanchez Dragó, Vaquero Turcios, José Tomás, Ricardo Macarrón, Bernaola, Pepe Carralero, Joaquín Calvo Sotelo, José Hierro, Rafael Morales, José María Muñoz Quirós, Torcuato Luca de Tena o Mingote entre otros. Y no solo eso, sino que a veces comentaban en sus círculos sobre nuestra asociación de manera elogiosa. Y quiero dejar negro sobre blanco nuestro agradecimiento a todos ellos y a tantos otros de los que no puedo reflejar sus nombres por la lógica falta de espacio. Desde luego que no se me olvidan nuestros compañeros colaboradores, pero eso, mi señor, será para el próximo número.■

LOS BOTICARIOS
Publicado en Pliegos nº 144 - Año 2021

Marisol Donis

Amigas y conocidas

A comienzos de 2020 se presenta en Paris una colección de Givenchy basada en las cartas que Virginia Woolf, escritora británica y gran figura del feminismo internacional, intercambió con Vita Sackville-West poetisa, novelista y paisajista inglesa. Una colección de ropa homenaje a la relación de amor entre ambas escritoras.

Las dos estaban casadas. Vita con Harold Nicolson y Virginia con Leonard Woolf.

Una de las cartas más conocidas: "Vita deja a tu marido e iremos a Hampton Court a cenar juntas al lado del rio y pasear en el jardín a la luz de la luna. Llegaremos a casa tarde, nos beberemos una botella de vino y te diré todas las cosas que tengo en mi cabeza, millones. No se agitarán durante el día, solo en la oscuridad, junto al río. Deja a tu marido, tedigo, y ven".

Cuando Virginia Woolf conoció a Vita, su cuñado le dijo "Ten cuidado que es lesbiana" a lo que ella respondió "Entonces no sabré resistirme".

Vita era una *socialité*, la más famosa de la época en su país. Las dos mujeres vivieron su relación con absoluta libertad porque sus maridos lo consentían. La época victoriana y su mojigatería no afectó a las clases altas y ellas pudieron contarlo.

De estas dos mujeres, la más interesante para indagar sobre ella, es Vita. Casó con Nicolson en 1913 y desde el primer momento pactaron una relación abierta. Ella tenía relaciones sentimentales con al menos cuatro mujeres, siendo la preferida Violet Trefusis *socialité* y autora inglesa. Sus maridos las consintieron hasta una especie de huida a París, una de ellas vestida de hombre, para que vivieran su pasión con absoluta libertad.
No es de extrañar que su relación fuera especial. Se habían conocido cuando tenían 11 y 13 años. Tres años después pasaron a mayores, y siguieron muchos años más.

Un hijo de Vita encontró unas cartas cruzadas entre ellas que datan de 1910-1921, que actualmente se conservan en una Biblioteca de libros raros y manuscritos en la Universidad de Yale, aunque faltan las que el marido de Violet destruyó.

Violet era hija de la brillante Alice Keppel, *socialité* amante favorita del rey Eduardo VII el hijo mayor de la reina Victoria de Inglaterra. Recibía en sus salones de Portman Square a aristócratas, políticos y a las personas más destacadas de Europa que visitaran Londres. Estaba considerada como la mujer más bella del momento.

La amistad entre las jóvenes se enfrió porque Vita mantenía una gran relación de cariño con su marido y Violet se sintió fuera de lugar. La unión del matrimonio Nicolson era tan profunda y afectuosa, que cuando en 1917 Nicolson tuvo que explicarle a su mujer que había contraído una enfermedad venérea como consecuencia de un encuentro homosexual con un desconocido, ella debió pensar "nobody's perfect" y siguió su relación sin reproches. Los dos eran iguales.

Victoria Mary Sackville-West retratada por William Strang.

La historia familiar de Vita es una caja de sorpresas. Vamos a dar un salto atrás y situarnos en el año 1851 en Granada. Allí Pepita Durán, bailarina española que en sus giras por el extranjero levantaba pasiones actuando en una compañía de zarzuela, declamación y baile, era perseguida por sus admiradores en las calles de Praga y Viena. También es verdad que la llamaban los críticos "artista pedestre", pero el éxito estaba asegurado. El empresario de la compañía se llamaba Juan de Oliva y al contraer matrimonio con ella, pasó a llamarse Pepita de Oliva y ese fue su nombre artístico.

Trabajaba en Madrid, ya separada de Juan de Oliva, cuando la vio actuar el secretario de la embajada inglesa Mr. Sackville-West que se enamoró de ella y consiguió llevársela a Inglaterra, no sin antes contraer matrimonio en la iglesia de San Millán en 1853 sin haberse separado de su anterior marido.

La vida de Pepita Durán, ya para entonces Josefa Sackville West pasó a ser un cuento de hadas a pesar de que representó un escándalo para la sociedad de la época por la diferencia social entre ellos. La pareja vivía en una magnifica residencia, viajaban por todo el mundo debido a la condición de diplomático de Lionel Sacksville y para descansar, la villa de Arcachon (Francia). Los hijos llegaron unos tras otro en poco tiempo; alguno murió al poco de nacer y sobrevivieron cinco.

Pepita fallece de parto en 1871, a la edad de 41 años y da comienzo una historia llena de intrigas.

Lionel hereda el título de Segundo Barón de Sackville junto a la casa señorial de Knole, un castillo construido en 1840 cercano al condado de Kent. Poco después el diplomático marcha a Buenos Aires y sus hijos fueron acogidos por una familia francesa. Años después la mayor de las niñas, Victoria, se graduó con un certificado que le permitió trabajar como institutriz. El padre comienza a presentar síntomas de senilidad al poco de ser nombrado ministro plenipotenciario en Washington donde vive con su hija Victoria. En esa ciudad, Victoria, de gran belleza, triunfa en sociedad aun comportándose de forma autoritaria, caprichosa. Poco después padre e hija vuelven a su país y se instalan en Knole. Allí Victoria era dueña y señora, además de administrar las cuantiosas rentas. Instaló calefacción central, electricidad y teléfono.

De izq. a dcha. Virginia Woolf y Vita Sackville-West: además de un homenaje, Orlando es un regalo para Vita.

El hijo mediano Henry viendo el estado mental del padre, inicia los primeros pasos para quedarse con el título y el castillo de Knole. Lo primero, conseguir el Certificado de Matrimonio de sus padres, que según oyó decir, se encontraría en la madrileña parroquia de San Millán. Viaja a Madrid y el acta matrimonial aparece con enmiendas y raspaduras patentes en el nombre del contrayente. Las raspaduras borraban el nombre de Lionel Sackville-West para sustituirlo por el de luan de la Oliva. Es decir, se falsificó un documento para dar falsa validez a otro.

El escándalo estaba servido. Los hijos habidos de la pareja Lionel y Pepita fueron declarados ilegítimos. Las denuncias comenzaron en 1901 y los juicios se incoaron en Londres, Francia y España, haciéndose eco toda la prensa española y resto de Europa de 1909. Esa situación fue aprovechada por un primo hermano de esos hijos, Lionel Edward Sackville quien consiguió obtener el título de Tercer barón de Sackville- West y el castillo Knole inherente al título. Victoria fue astuta y, dado que su belleza le permitiría elegir marido, eligió al primo dueño y señor de título y castillo. Una jugada maestra.

La pareja tuvo una sola hija, nuestra Vita Sackville-West que se educó en el maravilloso castillo de Knole considerada la mayor mansión privada del Reino Unido, parecido a un pequeño pueblo medieval. Contaba nada menos que con 365 habitaciones, cuadros de grandes pintores, camas bañadas en oro y plata. Hoy en día se puede visitar.

Esta mansión fue visitada por Virginia Woolf quien escribió la novela Orlando en honor de la casa y de Vita.

Vita visitó en cierta ocasión Málaga buscando la casa natal de su abuela Pepita. Se alojó en Torremolinos y la prensa la recuerda como una mujer larguirucha, altiva, nada agraciada y descortés.

Vita y su esposo Harold compraron una gran finca en 1930 que tuvieron que reformar en su totalidad. El se dedicó a la arquitectura paisajística del inmenso jardín y ella a plantar todo tipo de especies botánicas. Hasta en eso estaban compenetrados. El jardín se hizo famoso: Sissinhurst en Kent.

Vita falleció de cáncer en 1962 y su legado, gestionado por su hijo, hizo que el famoso jardín sea hoy propiedad del National Trust y el más visitado de Inglaterra.

Al morir Vita, su hijo Nigel Nicolson descubrió en el salón privado de la madre, una maleta que contenía un cuaderno donde estaba escrita una autobiografía escrita por Vita con 28 años de edad, donde la principal protagonista era Violet Trefusis. En opinión de su hijo, Vita siempre estuvo enamorada y correspondida y cuando sus amistades femeninas la decepcionaban, se refugiaba en los brazos de su marido que siempre estaba ahí, cuando más le necesitaba.

Pepita, Victoria y Vita...vidas de película. Atrás dejamos a Virginia Woolf y al desfile de Givenchy en París.■

Mª Ángeles Jiménez

Estrenando zapatillas

Es jueves, o miércoles, o… Qué más da. Me calzo las zapatillas para la caminata diaria. Hoy estoy de estreno. Tengo prioridades: comodidad, fortaleza... Por eso conservo la adoración de siempre por las Mizuno. Antes para correr y ahora para andar.

Muy pocos elementos son imprescindibles. Aparte de una ropa que se adapte a la temperatura, solo zapatillas y móvil. Al ir avanzando, encuentro la vida manifestándose y quiero estar lista para recogerla -sé que con dudosa objetividad- con su cámara. Es una tontería relatar las razones objetivas y un imposible trasladar las subjetivas. Todas son personales e intransferibles.

Accedo al paseo marítimo. El Mediterráneo se divisa a mi izquierda espectacular, de un azul muy intenso, a juego con un cielo azul que hace honor a su sobrenombre, y una total transparencia tras las lluvias de los últimos días. El mar está tranquilo por lo que hoy no es el sonido del oleaje lo que conquista mis oídos, tampoco lo hace el bullicio del parque infantil recién inaugurado.

Comienzo a coger ritmo. Diviso pronto la plumeria. Mi plumeria rubra favorita, con su tronco bifurcado, tiene hojas en esta época del año. El semicírculo perfecto de la arquitectura de las ramas, cualquiera que sea el mes, me ha atraído siempre. Esquelética, con los nudos al aire; exuberante y alegre, con varios cientos de ramilletes de hojas y sus flores rosadas tintadas en el centro de amarillo oscuro; o exhibiendo, como ahora, la versión invernal cuasi monocroma. No voy a hacerle fotos hoy. Creo que tengo todas las versiones posibles.

Un nuevo gimnasta se aproxima al conjunto de postes y barras situados en mitad de la playa. No creo que sea el mismo de ayer, un valiente con el torso desnudo que colocaba y recolocaba algo parecido a un móvil a unos metros del conjunto. Supongo que su objetivo estaba más cerca de impresionar a otros en redes que de mejorar sus habilidades gimnásticas. Las temperaturas de enero no son las adecuadas para calentar neuronas.

Unas decenas de metros más allá entro en zona de restaurantes. De hoy no pasa. He tardado dos días en pararme a leer con detenimiento la propuesta de El Espigón del Sur. El mensaje que me intriga está en una pizarra apoyada en el murete del paseo. "Mes con R dichosa no hay aquí Pidan nuestros espetos y lo veras", firmado: "el espetero pregonero 2 x 8 e". No puedo evitar pensar que el espetero se levantó el martes dominado por las Musas.

Del siguiente chiringuito también quiero llevarme un recuerdo. Me paro a leer con tranquilidad su pizarra: "Con cada bebida una tapa // El amor puede esperar el hambre no". Qué decepción, mis años de razonados análisis marketinianos por los suelos. No han necesitado saber nada del DAFO, las 4P o el FIFO. Pero sí "aplicar la lógica a las situaciones". Me consuela saber que lo escribí por algo.

El enésimo perro que me cruzo, un diminuto chihuahua, aunque sujeto por la correa de su ama, acaba de desafiar a un hasky. Me vuelvo hacia ellos porque el escándalo está subiendo de tono. La sangre no llegará al río; en este caso, ni al arroyo que estoy a punto de cruzar. La fórmula se repite: cuanto menos volumen ocupa un can, más 'atrevimiento' le echa desafiando a cualquiera que le doble o triplique en altura. La insolencia tramposilla de los que se saben inferiores. Mejor no extrapolo a los humanos.

Estoy a punto de pasar el poste con la placa que recuerda al submarino C3 hundido por el U-34 en nuestra guerra. Un aura de respeto parece desprenderse del lugar desde que Pilar me habló de ello. No hubiera podido imaginar que allí, a escasos metros de la desembocadura del arroyo, unos cuantos marinos se quedaron sin suerte.

Fin de la extensión de la ruta. Emprendo el retorno por el mismo camino.

Estoy a punto de sobrepasar a una pareja de mayores. No puedo reprimir una sonrisa al escuchar la frase que la mujer dirige al que doy por supuesto que es su marido. -… pero a esas que tú dices hay que llevarlas. Las que yo digo van solas.

Imagino que hablan de aspiradoras y que a la edad que les calculo, algo más de 70, el marido sigue en la fase de analfabetismo doméstico. Mi condición de mujer se pone inmediatamente, aunque sin mostrarlo de ningún modo, de parte de esa mujer bajita, que cogida del brazo del varón que le saca 30 cm de altura, se siente dispuesta a recriminarle, por fin y aunque sea veladamente, su ignorancia.

Me acaba de pasar otro corredor. Qué gozada tener tantos kilómetros llanos para entrenar. En otros tiempos, disfrutaba también con espacios diáfanos como este.

No hay actividad en el varadero. Cuatro jábegas reposan elevadas sobre los tacos de madera. Seguramente saldrán a eso de las 6. En esta época, la luz baja muy pronto por la tarde. Traer la cámara no merece la pena. Es difícil conjugar la cercanía de las embarcaciones con los contraluces con tan poco margen de tiempo. Aun así, tal vez mañana la traiga si el mar sigue calmado.

Fotografías Mª Ángeles

Fiel a mi costumbre me detengo cerca de los túneles para contemplar la inmensidad del Mediterráneo con la ventaja que da la ligera elevación del paseo sobre el nivel del mar. Al frente, el espigón se despliega hacia el sur dividiendo el plano. Descubro al border collie y su amo, la pareja que ayer protagonizó mi post en Instagram. Fue extraordinario. El hombre estaba sentado en unos de los bancos de piedra cercanos a la hornacina de la Virgen del Carmen. La fidelidad del animal expectante a que su amo cambiara la atención absoluta al móvil por la suya resultaba conmovedora. Volví unos metros sobre mis pasos y traté de ocultar mi interés por lo que estaba segura era un cuadro digno de ser fotografiado. Preparé el móvil simulando dirigir la cámara a otro motivo cercano. Al revisar la foto comprobé asombrada que la composición no era exactamente la que mi cerebro había ideado. La capacidad de percepción del perro había sido mucho más rápida y eficiente que la mía. Lo que el sensor había captado era el collie con la cabeza vuelta hacia mí, alertado, seguramente, por mi indigno intento de truco.

Así que, hoy no, por favor. No estoy dispuesta a que la extraordinaria inteligencia del sabueso me supere de nuevo.

Desde mi atalaya contemplo sin disimulo a la singular pareja. Apoyada sobre la barandilla dirijo hacia ellos el móvil. El perro ya lo sabe, me ha lanzado una mirada para confirmármelo. El amo, sentado en un banco, sigue dedicado al móvil, mientras el collie, con la cabeza baja, ejecuta una taimada y concentrada aproximación a él. Con el hocico empuja una pelota, la misma que al momento veo volar 15 metros perseguida por los saltos acrobáticos del animal. Conseguido el premio y salvada la amenaza de la caída al mar, todo vuelve a empezar. Acercamiento zalamero, distracción sugerente, carrera con demostración olímpica de habilidades y caza al vuelo. Hipnótico, hipnótico para mí que trato de recoger en un reportaje fotográfico la inteligente alegría del animal. No tengo duda de que los tres hemos estado jugando, cada uno a su manera. Al irme estoy por despedirme.

Las mesas de la pequeña cafetería del parque infantil siguen tan llenas como lo estaban cuando pasé junto a ellas al iniciar la caminata. Montaditos, barritas y tazas de café de varios tamaños ocupan sus pequeñas superficies. Se respira una tranquilidad total. No viven mal algunos, pienso, mientras admito que yo tampoco puedo quejarme.

○○○○○

Al volver a casa, el sonido armónico de mis zapatillas nuevas cambia de tono. No, no es el parqué su ambicionado soporte.

–Ya estoy de vuelta –digo en alto para saludar mi marido.
–¿Todo bien? -responde desde su mesa de trabajo.
–Sí, estupendo. El mar estaba muy calmado hoy.
–¿Qué tal las zapatillas?
–Geniales. Como siempre. Con la sensación de que me llevan sin hacer ningún esfuerzo.
–La verdad es que sigo sin entender por qué no quieres llevar música para distraerte– cambia él de tema para insistir en 'su' reivindicación tecnológica.

¿Distraerme? ¿A cuento de qué necesito distraerme?, responden en mi cerebro unos cuantos millones de neuronas perfectamente sincronizadas. Decido dejarlo correr.

–No, no hay problema, ya sabes que me gusta oír el sonido del mar –contesto marcando las palabras con lentitud mientras me encamino hacia el tentador reclamo de la ducha.■

Andrés Morales Rotger

Aprendiendo a ser viuda

El sobre se arrastró bajo la puerta como un insecto torpe. Blanco, oficial, con el membrete del banco en la esquina; un presagio más que una carta.

Despacho de una sucursal bancaria. Mármol, cerezo y cristal. La luz de noviembre se filtra oblicua como cuchillo.

–Soledad.

–¿Sí?

–Tiene noventa días para depositar el aval antes de ejecutar la demanda hipotecaria –la voz del interventor, sin apartar la vista de la pantalla.

La frase es humo espeso, flotando entre ellos sin ventanas por donde escapar. Soledad no respondió.

El abrigo mal doblado en el reposabrazos, un Android V13.0 apagado sobre la falda, y ese aplomo suyo incontestable, cuasi insultante, que le presta ese aspecto tan liberal, sí, de mujer ejecutiva. Que de hecho lo era. O lo había sido.

En el reloj de pared las 11 y 11. Cuatro unos. Cuatro comienzos. El universo tiene formas caprichosas de escribir sus augurios.

–Se lo repito –insistió el hombre sin ceder a la tentación de mirarla– noventa días. Luego ejecutaremos el procedimiento.

Soledad tragó saliva. Hube de tragar saliva. No por miedo, si no por dignidad: lo que se traga no se llora. Van a proceder al desahucio. A echarme de mi casa.

DESAHUCIO: Palabra diseñada para despedir al inquilino o arrendatario mediante una acción legal. Que te expulsa sílaba a sílaba, como si una mano invisible arrancara raíces. Voz que termina en un hueco negro como brocal de pozo, donde media vida se precipita de un zarpazo.

Un año atrás, en casa, luz eléctrica, octubre 12. El Inverter a 19 °C. La mesa del salón, sembrada de planos extendidos, tazas de café a medio consumir, lápices de mina gruesa y columnas de humo que subían bailando del cenicero.

–El secreto de toda arquitectura consiste en aprender a sostener lo invisible –defendía mi esposo–: Como este techo, Como nuestro amor. –Me guiñaba un ojo–. Si falla el equilibrio todo se vendría abajo. El techo encima, sobre nuestras cabezas El amor abajo, por los suelos.

El amor, el techo, la casa. Esa casa –la propia casa– pagada a medias y soñada entera. Cada rincón, cada detalle.

Julián era arquitecto. No de los que se mueven entre ingresos de cinco ceros ni coches de veinticuatro válvulas. De esos no. Pero sí de los que se permiten invitarnos a cenar y elegir ese plato de verduras que sólo los verdaderos gourmets descubren en la carta. Y otras propuestas del chef reservadas para clientes muy especiales.

Soledad escribía para una revista de viajes *low cost* y, juntos, criaban a los niños sin mayores contratiempos. ¿Qué objeción hacerle a la vida? Quejarse sería impiedad.

El futuro se abría como autovía despejada hacia tiempos mejores, aún por inaugurar.

Pero el corazón de Julián dejo de obedecer, saltándose todo los puntos de un guión escrito a dos manos.

Un infarto –motricidad del ventrículo izquierdo severamente comprometida, firma del forense colegiado nº/461103–, y luego la nada. Nada de nada.

La puta Nada. Ni siquiera la muerte tuvo épica: se desplomó junto al lavaplatos en el momento de cargar la vajilla del almuerzo. Y allí lo encontré yo, con un plato hondo en la mano. Muerto.

El caso fue que no tenía seguro de deceso. Lo habíamos debatido; pero no. Ni caso.

–Es un gasto inútil, Soledad. Lo que no se emplee en ocio y comidas, o se invierta en ladrillos, es un despilfarro–. Defendía convencido. Y Soledad asentía. Le seguía la corriente por pereza. Y ahora me arrepiento. Ojalá hubiera hecho valer mis razones. Porque no fue por miedo a enfrentarme a él, sino por pereza a rebatir argumentos. Y porque la prima de la póliza subía un pico. Todo hay que decirlo.

Y sin seguro que me amparase, las cuotas de la hipoteca comenzaron a caer como dientes de leche.

¿Y los suegros de Soledad? ¿Mis suegros? Tan buena gente ellos, tan de misa, tan patriotas. No le ofrecieron ni un céntimo. Ni el gesto.

–Con la de chicas de buena familia que pretendían a nuestro hijo –La madre de Julián, con un misterio doloroso del rosario enroscado al índice–. No se merece a mi niño.
–…*Mater puríssima*; no se lo merece.
–*Mater castíssima*; no se lo merece
–*Mater inviolata*; no se lo merece…
–Demasiado modestilla para la saga de arquitectos de esta familia –añadiría el padre sirviéndose otro Rioja.

Le quedó bien claro. Soledad entendió que estaba sola. Que nadie acudiría a rescatarla. Y que ella, como aquel techo que Julián evocaba tantas veces, tendría que sostener lo invisible. Y si mucho me apuran, también lo visible.

Soluciones: Pues moverse en busca de soluciones; a ver si no. Buscar, inventar, improvisar. Ya.

El piso es razonablemente grande. Alquilaré habitaciones.
Lo hizo por semanas. Pero no soportaba ver a extraños jugar a papás y mamás con sus hijos. Si quieren muñecas que se las pidan a los Magos de Oriente.

¿Las joyas? Reliquias familiares de alto valor sentimental; los aretes de la abuela, la gargantilla de la bisabuela. Filigranas imposible de valorar. Pero la tasadora le confirmó que el oro sentimental no cotiza.

¿Y ahora? Apuntarse a un trabajo nocturno, vale. Limpieza de oficinas, vale. Horarios rotos, silencio químico, soledad; vale, vale, vale. Un café expreso en la máquina café. También le vale. Invita el encargado. Pero esos labios con gusto a café barato, los botones de la bata de limpieza y esas insinuaciones que no tardarían en llegar. No valen. Esas no me valen. No. Para nada las iba a tolerar. Soledad le dejó bien claro que no estaba allí para eso. Fin del café, fin de la conversación, fin del contrato de trabajo. La despidieron dos días después por actitud impropia con un superior.

–Esta cláusula no contempla excepciones –se enrocó el apoderado de la sucursal bancaria–. Ni por viudedad ni por situaciones familiares.

Si bien Soledad no le estaba pidiendo excepciones. Sino todo lo contrario, le estaba recordando al responsable de créditos que ella no era ninguna anomalía.

–No soy una excepción.
–¿Perdón?
–Mujer, madre, sola, en situación de vulnerabilidad con dos menores a su cargo. No somos anomalías. Somos estadística.

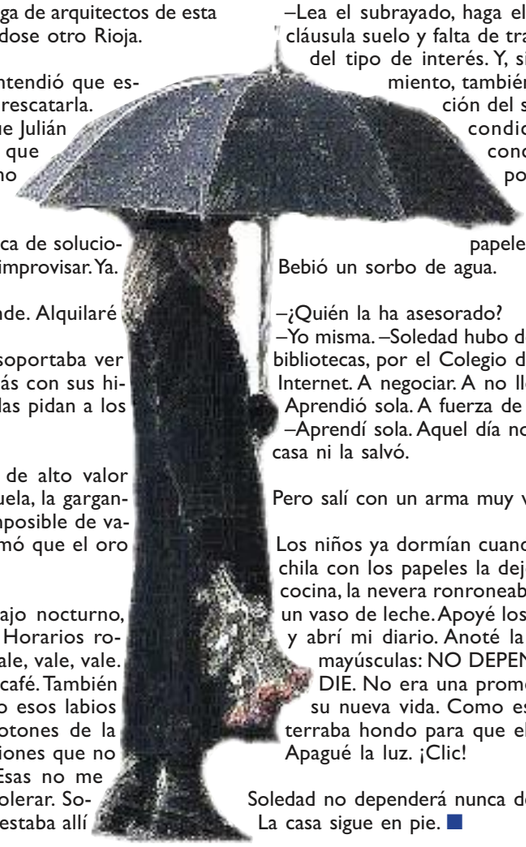
Él alzó una ceja.
Ella deslizó sobre la mesa un dossier abultado.

–Lea el subrayado, haga el favor. Hay errores en la cláusula suelo y falta de transparencia en la revisión del tipo de interés. Y, si lo examina con detenimiento, también verá que la no suscripción del seguro de decesos no era condición obligatoria para la concesión del préstamo hipotecario.

El apoderado tomó los papeles. Torció el gesto.
Bebió un sorbo de agua.

–¿Quién la ha asesorado?
–Yo misma. –Soledad hubo de aprender a moverse por bibliotecas, por el Colegio de Abogados, por foros de Internet. A negociar. A no llorar delante de extraños. Aprendió sola. A fuerza de golpes.
–Aprendí sola. Aquel día no firmó nada. Ni perdió la casa ni la salvó.

Pero salí con un arma muy valiosa: tiempo.



Los niños ya dormían cuando regresó a casa. La mochila con los papeles la dejó junto a la puerta. En la cocina, la nevera ronroneaba como un gato. Me serví un vaso de leche. Apoyé los codos sobre la encimera y abrí mi diario. Anoté la fecha. Luego escribo en mayúsculas: NO DEPENDERÉ NUNCA DE NADIE. No era una promesa. Eran lo cimientos de su nueva vida. Como esos pilares que Julián soterraba hondo para que el edificio resistiera.
Apagué la luz. ¡Clic!

Soledad no dependerá nunca de nadie.
La casa sigue en pie. ■

Rafael Borrás

Patapalo

Al sentarse le surgía por encima del calcetín una pierna de madera de un ocre almendrado, y a él no parecía importarle que se le viera. Vino de no se sabe bien dónde, apareció instalado en la casona de unos republicanos que escaparon cuando en las afueras los nacionales aplastaban las últimas resistencias, y pronto comenzó a ejercer de maestro en la escuela. Su nombre real era incierto, por mucho que firmara como Julio Perales. Nada raro, vaya usted a saber..., oliendo aún las calles a la pólvora de la guerra civil, ni casi nadie era quien se llamaba ni casi todos tan honrados como presumían. Desde que, entre miradas escurridizas, la gente advirtió su cojera y se hizo patente la pierna ortopédica, le quedó ya el mote nada original de *Patapalo*.

Se decía por el pueblo que en el pasado fue un soldado infatigable, fiel a la causa de los sublevados, que en el frente de Teruel una granada le segó la pierna cuando a pecho descubierto se encaró con un pelotón de la milicia roja. Pero no faltó quien hiciera correr el rumor de que, en realidad, la pierna se la había llevado la hélice de una lancha rápida cuando cayó al mar en una operación de trapicheo de tabaco americano y aceite. En raras ocasiones se le veía sonreír, y al terminar la jornada se encerraba con unos pedazos de pan negro, un poco de queso o tocino, la botella de coñac y el paquete de Ideales, en un dormitorio casi desnudo con un jergón de borra contra la pared. Por la mañana entraba en la escuela exhibiendo el perfil más quebrado y la cojera más visible, peinándose a tirones unas greñas prematuramente encanecidas, con la mirada cruda, desaseado y trémulo, como si esa noche hubiera vuelto a vivir un combate sangriento o el vértigo de la huída en una motora ilícita. Era estricto con los chavales, pero comprensivo y celosamente objetivo.

Durante el último viaje para inspeccionar las condiciones sanitarias de colegios y ayuntamientos, un temporal me obligó a pernoctar en el pueblo. Por la tarde estuve revisando la escuela de *Patapalo*, no fuera que los chinches y las ratas hubieran engordado más que los niños. Me ofreció su casa para dormir. Acepté tras valorar las otras posibilidades. Cuando acabamos de cenar, fue a buscar unas muletas y se quitó la pierna de madera con naturalidad. Jamás había visto tan de cerca una de esas prótesis. Intenté una charla que pudiera dar juego, e hice por interesarme en la situación social y económica de la comarca tras la guerra. Aunque funcionario del Régimen, yo podía permitirme, en privado y hasta cierto límite, argumentar con criterio propio. Respondió con evasivas y, en un momento dado, hasta temí que diera por zanjada la tertulia. Bebimos pródigamente. Pasada la medianoche paró de llover, salimos al patio con las copas en la mano y nos sentamos. Ignoro qué impulso me hizo nombrar la pierna artificial y su origen. Pareció recuperar la vigilia en mitad del letargo alcohólico. Finalmente me dijo con voz sombría: «Si quiere saber qué me pasó no tengo inconveniente en contárselo, siempre que no me empuje a escarbar en las agonías del sufrimiento.» Y me recitó su historia sin interludios, como un aparato de sonido al que le hubieran puesto una cinta y fijado un volumen uniforme.

«Fui soldado de infantería en el frente de la Rioja. Mi bando, como usted comprenderá, es lo que menos importa. Ninguno de los que mataron o murieron lo eligió. Un malaventurado día me quedé solo en tierra de nadie, bajo un fuego cruzado artillero, cerca de Castrojeriz.

Me resguardé en un ribazo a cubierto. Cuando anocheció y cesaron los disparos, salí de mi escondrijo y anduve sin rumbo, incapaz de orientarme a oscuras en un terreno desconocido. Al alba di con una granja sin luces ni sonidos, con restos de ropa y armamento inútil disperso. Exploré la casa y, al no encontrar a nadie, me escondí en el granero bajo el tejado, desde donde tendría mejor visión y mayor capacidad de respuesta en caso de problemas. Al subir la escalera vi por una ventana tres ovejas y algunas gallinas en el corral.

Lo descubrí nada más entrar, resaltando contra el amarillo del heno, sentado sobre unas mantas y las manos aferradas al fusil que me apuntaba. Un soldado enemigo de más o menos mi edad, el pelo húmedo pegado a la cabeza, las mejillas chupadas y el uniforme de campaña raído. Jadeaba igual que una alimaña famélica acorralada. Por un instante fui presa de la resignación de quien sabe que ha llegado su hora y no puede remediarlo. Había perdido el arma larga y mi pistola tenía todas las de perder frente a un fusil amartillado. Pasaron los segundos y la descarga no llegó. El soldado me miraba con dureza, pero sus ojos no expresaban odio ni animadversión, sino un infinito cansancio, algo que linda con el estoicismo y se resiste a actuar según el instinto de supervivencia. "Quédate ahí y no te muevas", dijo al fin. Bajó el arma lentamente y suspiró: "Creo, amigo, que será mejor que nos permitamos vivir."

Durante tres días con sus noches estuvimos escondidos. Nos repartimos el poco rancho que quedaba y velamos uno el sueño del otro. Bajé a matar un par de gallinas y nos la comimos crudas, por no hacer fuego y revelarnos insensatamente. Sordos y ciegos a cualquier información del exterior, mal podíamos saber quiénes pasarían antes. Hubo tiempo para charlar y contarnos lo sucedido antes de nuestro encuentro. Supe de su vida inmediata anterior, y de la más remota. Tenía veintitrés años y un cuerpo de aspecto aniñado.

"Soy hijo menor de una familia numerosa y miserable de la serranía valenciana", comenzó a narrarme sin yo pedírselo. "Una familia católica, pero más temerosa del hambre que de Dios." Le alargué un cigarrillo que aceptó. "A los doce años mi padre me llevó al seminario de Moncada, del que ya no salí más que para vestir este uniforme. Ingresar en la vida religiosa garantizaba instrucción, un techo, ropa limpia, y, ante todo, pan a diario, lo que era dudoso que siempre disfrutara en mi casa. En estos tiempos una boca de menos es un quebradero de cabeza menos. Hace dos años tuve la mala fortuna de que me descubrieran una noche al escapar para encontrarme con una viuda que, a cambio de unas monedas, me acogía en su cama. Cuando el verano pasado vinieron a reclutar jóvenes para el frente fui el primero a quien señalaron mis educadores."

Un lejano crujir de engranajes le interrumpió. Por las rendijas del entablado vimos acercarse una columna de infantería protegida por carros de combate. Creo que fue entonces cuando por primera vez pasó por nuestras mentes la suerte que podíamos correr. Lo más probable era que si alertábamos de nuestra presencia nos fusilaran a los dos. El uno de inmediato y el otro tras un consejo de guerra, por no haber matado a un enemigo al menor descuido... Ahora o nunca.»

Patapalo detuvo su declaración como si le costara desvelar el recuerdo más doloroso.

«Ahora o nunca, ¿qué?», pregunté en voz baja.

«Ahora o nunca el futuro incierto o el insoportable presente», contestó en un susurro. La copa le temblaba en la mano. Tras una pausa de algunos segundos, prosiguió. «El soldado levantó el fusil y le descerrajó al otro un tiro entre los ojos, sin darle tiempo siquiera a protegerse vanamente con el brazo». «Pero...», balbucí, «¿entonces...?» No pude añadir más. Él sí: «Entonces utilizó otra bala para herirse en la pierna, la misma que ve ahora ausente. La única salida honrosa para no volver a empuñar un arma en toda la guerra. El resto se lo puede imaginar: cambio de uniforme y documentos, gritos hacia los que llegaban, asistencia médica deficiente, gangrena, hospital, amputación...»

Me había quedado inmóvil. Y mudo. *Patapalo* hizo girar el rescoldo de coñac en la copa y lo apuró antes de finalizar: «Ya le he contado, como usted quería. Solo espero que no me humille... La denuncia me importa muy poco.» Luego se puso de pie y, con la misma seguridad que si le sostuvieran dos piernas vivas y estuviera completamente sobrio, caminó con sus muletas hacia el interior de la casa. En la puerta se detuvo para decirme por encima del hombro: «Nunca me gustó el nombre de Julio Perales, pero ya me he acostumbrado.»■

Juan Jorge Poveda Álvarez

La niña

Regordeta, seis años apenas cumplidos, me miraba con ojos alegres, colgando rubios tirabuzones a ambos lados de la cabeza, con una leve sonrisa, mientras me enseñaba un puñal ensangrentado, del cual todavía goteaba el líquido oscuro,, manchando el blanco vestido de la pequeña. A su lado, entre leves estertores mortales, un hombre de unos cuarenta años tenía los ojos abiertos y vidriosos, se sujetaba con ambas manos el cuello, brotando un chorro de sangre de la gran herida cortante que se veía.

Tres días antes, la casa desprendía un olor a cera de vela y a humedad. Vivienda en las afueras de Toledo, con paredes encaladas y ventanas enrejadas, bajo un sol tímido de otoño. Yo, un restaurador de muebles antiguos, había sido contratado por el hombre que ahora yacía en el suelo, un anticuario de mediana edad con una reputación intachable en el gremio. Me había encargado trabajar día y noche, en la restauración de un arcón de madera del siglo XV, un trabajo delicado pero rutinario: limpiar, lijar, consolidar pequeños agujeros de insectos, barnizar y reforzar las bisagras. Pero desde el primer momento, algo en la casa me inquietó. No era el arcón, con sus tallas desgastadas con increíbles figuras geométricas. Era una niña que jugaba en la casa, seguro que la hija del anticuario (ahora me doy cuenta que nunca les vi hablar entre ellos), siempre rondando, con esos tirabuzones dorados y una mirada que parecía ver más allá de lo evidente. La pequeña me seguía mientras trabajaba en el taller del patio, sosteniendo un muñeco de trapo al que le faltaba un ojo. "¿Sabes que ahí se guardan cosas raras?", me dijo el primer día, señalando el arcón. Sonreí, pensando que era la imaginación de una niña. Pero sus palabras se quedaron grabadas en mi mente, como un zumbido que no cesa.

El anticuario, por su parte, era amable pero reservado. Hablaba poco, siempre revisando papeles o hablando por teléfono en voz baja. Noté que evitaba mirar a la niña cuando ella estaba cerca, como si su presencia le incomodara. La segunda noche, mientras pulía el arcón bajo la luz de una lámpara, escuché un crujido dentro de la casa. Pensé que era el hombre, pero al asomarme vi a la niña, descalza, frente a una estantería donde se exhibían cuchillos antiguos, uno de ellos con un mango de madera cuya hoja metálica brillaba bajo la luz de la luna. "Es bonito, ¿verdad?", susurró sin volverse. Sentí un escalofrío, pero lo atribuí al cansancio. "Vuelve a tu habitación, pequeña," le dije, y ella obedeció, pero no sin antes mirarme con esos ojos que parecían saber algo que yo ignoraba.

El arcón, mientras tanto, revelaba sus secretos. Al limpiar una de las esquinas interiores, encontré una doble base, un compartimento oculto que se abrió con una pequeña presión. Dentro, envuelto en un paño polvoriento, había un cuaderno de cuero con hojas de pergamino. Lo abrí con cuidado. Páginas escritas a mano, alguna en latín, pero la mayor parte eran extraños símbolos que nunca había visto. Y el latín parecía contener letanías, oraciones o invocaciones a seres extraños, algo que no terminaba de entender, pero que cuadraba con la época oscura en la que se fabricó el arcón… lo mismo concebido para esconder ese texto.

Ensimismado en la lectura, asombrado por el descubrimiento, no oí las leves pisadas del anticuario acercándose por detrás, por lo que me cogió por sorpresa cuando se abalanzó sobre mí, arrebatándome el cuaderno de mis manos, empujándome hacia la pared más cercana.

"El grimorio de Mothmet. La puerta a conocimientos y dimensiones que no podemos imaginar. Sabía que el arcón podía tener relación con la leyenda, pero fui incapaz de encontrar ese escondrijo, y destrozarlo para sacarlo era inaceptable, pues realmente el arcón es el altar donde realizar los ritos que se describen en el legajo." Me miraba con ojos enloquecidos. No le entendía la mitad de lo que me decía, preocupado en ponerme de pie y palparme el golpe que me había dado en el costado, que al levantarme la camisa, veía que ya empezaba a ponerse morado.

"Pero hay que tener cuidado con la entidad que guarda el grimorio y el altar. El ser que mantiene a salvo estas reliquias del pasado, esperando la reaparición de la oscura secta que los utilizaba en la alta edad media, mezcla de nigromantes, alquimistas, hechiceros y demás miembros abominables. Una presencia juguetona que solo se muestra a aquellos que quiere utilizar con algún propósito".

"No he visto a nadie en todo el tiempo que he trabajado en el arcón," – grité rabioso "nadie excepto usted y su hija han estado en la casa."

"¿Mi hija? ¿Qué hija? No tengo hijos, y vivo solo encerrado en esta casa hace años."

Un escalofrío recorre mi espalda. La niña, con la que había estado hablando todos estos días, este hombre me dice que no existe. Claro, ese era el motivo de la indiferencia a su presencia, el motivo por el cual nunca les había visto cruzar una palabra.

En un instante la niña apareció a su espalda. Flotando en el aire, sin sujeción ninguna, parecía como si un arnés invisible la colgase del techo. Sacó su manita del vestido. Blandía un curioso puñal, con mango de la misma madera con la que está fabricado el arcón. Ahora que me fijo, en la hoja metálica hay grabados algunos de los caracteres que aparecen en el grimorio, y que he sido incapaz de traducir. Debía estar dentro del arcón cuando lo encontró el anticuario.

Un movimiento rápido. Todo se llena de sangre.

La pequeña me mira. Alza el puñal, y avanza hacia mí. Salgo corriendo de la casa, gritando como loco, y dos días después me encuentran acurrucado, helado y muerto de miedo, junto a la ribera del rio Tajo. Nunca olvidaré esa mirada: la de una inocente niña que había salido del abismo.■

Stübing, Sanchis y Peris

La longevidad de las plantas

La longevidad de las plantas es, en el fondo, una cuestión de cómo las plantas se han adaptado de diversas formas a persistir sobre la Tierra.

Mientras los humanos medimos nuestra existencia en décadas, con relojes y aniversarios, el mundo vegetal despliega biografías que caben en unas pocas semanas o se dilatan a lo largo de milenios, ajenas a nuestras prisas. Entre ambos extremos se abre un abanico de estrategias donde la duración no es un premio, sino una táctica: lo importante no es cuántos años vive un individuo, sino cómo su linaje consigue seguir ahí, adaptándose y dejando alguna huella en un planeta cambiante.

En un extremo están las plantas que lo apuestan todo a la velocidad, las efimerófitas, cuyo ciclo entero cabe en un suspiro estacional. Germinan, crecen, florecen, fructifican y mueren en semanas o pocos meses, sincronizadas con (un breve periodo de disponibilidad de agua y temperatura favorable) una ventana brevísima de humedad y temperatura favorable. Lo verdaderamente duradero no es la planta visible, sino el banco de semillas enterrado, capaz de esperar años hasta que las condiciones se alinean de nuevo. En los desiertos, estas plantas duermen bajo la arena hasta que una tormenta empapa el suelo y desencadena una carrera contra el reloj: durante unos pocos días, el paisaje árido se cubre de verde y flores, como una primavera condensada; después, la vegetación desaparece y solo quedan semillas, minúsculos cofres que guardan futuros brotes.

Algo parecido sucede en las charcas temporales, donde especies especializadas aprovechan la breve lámina de agua antes de que el fondo se agriete otra vez. El raro y endémico del centro peninsular Lythrum flexuosum, por ejemplo, coloniza fondos de lagunas y lagunazos de inundación temporal sobre suelos compactados y halófilos, desarrollándose solo cuando coinciden las condiciones de humedad durante la desecación de las orillas. Su presencia es una aparición fugaz: tallos rojizos, flores lilas, un paréntesis de color que desaparece con el verano, dejando solo semillas resistentes a la sequía y al calor. En climas mediterráneos, muchas anuales concentran su ciclo entre el otoño húmedo y la primavera templada y se borran del paisaje durante el verano, refugiadas en la latencia; en alta montaña, el reloj que manda es el del deshielo: germinar tras la nieve, crecer, florecer, madurar semillas y retroceder hacia la invisibilidad antes del siguiente invierno. Incluso la agricultura se apoya en este ritmo acelerado: cereales como el trigo o el arroz viven unas pocas decenas de semanas, del surco recién abierto a la cosecha que alimenta a millones de personas, y a su alrededor numerosas arvenses sincronizan su ciclo con las labores humanas, como parásitas del tiempo agrícola.

Monumental cedro japonés «Kigensugi» (Cryptomeria japonica), árbol milenario con la corteza tapizada de musgos y epífitas que colonizan cada resquicio.

En el otro extremo se alzan árboles que parecen haber pactado con los siglos. El pino "Matusalén" (Pinus longaeva), de las White Mountains de California, ronda los 4800 años y se cuenta entre los seres vivos no clonales más antiguos conocidos. A esta constelación de longevos se suman los cipreses de los pantanos (Taxodium distichum), capaces de vivir siglos en humedales del sureste norteamericano, y olivos mediterráneos (Olea europaea) como el de Vouves, en Creta, cuya edad se estima por encima de los 2000 años. También los cedros de Yakushima (Cryptomeria japonica), en Japón, como el «Kigensugi», encarnan esa alianza con el tiempo: troncos monumentales, cortezas rugosas tapizadas de musgos y epífitas, un archivo viviente donde cada anillo añade una línea a la historia del bosque.

En el Sáhara, el ciprés de Tassili (Cupressus dupreziana) sobrevive como reliquia de un paisaje desaparecido, restos de antiguos bosques que cubrían la región cuando era más húmeda durante el Pleistoceno. Hoy la especie persiste en uadis hiperáridos, con unos pocos cientos de ejemplares silvestres, muchos milenarios, cuyas raíces alcanzan depósitos subterráneos de agua que ya no están al alcance de sus propias semillas. La paradoja es amarga: el árbol sigue vivo gracias a un pasado hídrico que ya no existe, pero su descendencia fracasa al intentar anclar sus raíces en suelos demasiado secos.

Si ampliamos aún más el foco, la longevidad deja de residir en el tronco visible y pasa a la colonia clonal. Un individuo ya no es un solo fuste, sino un «genet»: una red de tallos conectados que se renuevan a partir del mismo sistema radicular u órganos vegetativos. Lo que perdura no es la rama concreta, sino el entramado subterráneo que la sostiene y que, como una ciudad, mantiene su identidad mientras renueva una y otra vez sus edificios. El abeto rojo «Old Tjikko» (Picea abies), en Suecia, es un ejemplo emblemático: su sistema radical se ha datado por radiocarbono en unos 9550 años, aunque los tallos visibles y el tronco actual solo tiene unos cientos de años.

Rama con cono leñoso del ciprés de Tassili (Cupressus dupreziana), cupresácea relicta de los antiguos bosques saharianos.

Lythrum flexuosum, litrácea efímera, rara y endémica catalogada «En Peligro», se encuentra en algunas zonas del fondo yesoso de la Laguna de El Hito (Cuenca).

Valle de la Muerte (Desierto de Mojave, California), arbusto de la gobernadora (Larrea tridentata), especie famosa por formar la colonia clonal «King Clone», contemporánea de la última glaciación.

Algo similar ocurre con la colonia de la gobernadora o creosota (Larrea tridentata), la «King Clone» de los desiertos norteamericanos, cuya edad se estima en torno a 11700 años, contemporánea del final de la última glaciación. A vista de pájaro, la colonia es un círculo de arbustos aparentemente independientes; a escala de tiempo profundo, es un solo organismo que lleva resistiendo y desplazándose lentamente hacia el exterior del círculo mientras el clima, los glaciares y hasta la propia especie humana cambiaban a su alrededor.

Los humanos, en pocas generaciones, hemos prolongado nuestra vida gracias a avances culturales y tecnológicos más que a cambios biológicos, mientras que las plantas lo han hecho ajustando su forma, su fisiología y su ritmo vital para perdurar. Las efímeras del desierto encarnan la urgencia de vivir en poco tiempo, y los árboles milenarios, la acumulación del tiempo como materia; entre ambos extremos, los humanos sentimos la tensión entre vivir rápido y dejar legado o aferrarnos al mundo acumulando memoria.

La enseñanza vegetal no es moral sino ecológica: los linajes sobreviven ya sea concentrando la vida en un instante y confiando en las semillas, o apostando por la resistencia prolongada. En ambos casos, lo esencial no es la duración individual sino la capacidad de persistir. Así, la longevidad se convierte en una forma de medir el tiempo a través de la vida, y el éxito vital consiste en hallar el ritmo adecuado para seguir existiendo y dejar una huella, visible o invisible, en un entorno cambiante. ■

Rama fértil de ciprés de los pantanos (Taxodium distichum) con conos aún verdes que pasan a pardos al madurar y se deshacen para liberar las semillas.

*Tronco y copa otoñal de un **ciprés de los pantanos** o ciprés calvo (Taxodium distichum), una cupresácea caducifolia originaria de los pantanos del sureste de Norteamérica.*

Autor de las fotografías G. Stübing.

José María de Jaime Lorén

Sinuhé el egipcio

veinte años para construir una pirámide

diez minutos para cavar una fosa

.Cine, literatura y medicina

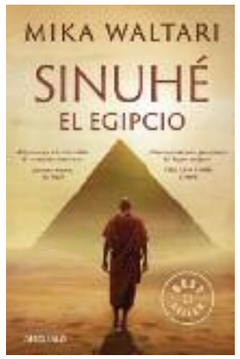
La medicina y la literatura han hecho siempre muy buenas migas. No tanto el cine, ahí está para demostrarlo la novela de Mika Waltari que en su adaptación cinematográfica no es capaz de levantar del todo el vuelo, lastrada por la densidad del texto y la por la necesidad de recrear la magnificencia de la corte faraónica. Y eso que tiene a Michael Curtiz al frente, el mítico director de *Casablanca*.

Y sin embargo tiene su belleza decadente la grandiosidad del antiguo Egipto. También su aire de misterio y de intriga que no hemos sabido todavía desentrañar. Y es que "Todo el que ha bebido agua del Nilo ya no sacia su sed en otra parte".

Ya lo dice en su reflexión el saqueador de tumbas, "Veinte años para construir una pirámide o diez minutos para cavar una fosa". Al final, la tierra acaba conquistando todo, inmortalidad incluida, solo ella es capaz de triunfar sobre la muerte. Magnifica escena en medio del desierto con la ciudad de los Muertos al fondo.

Algo así pasa también con la cinta. Los palacios, las ricas vestimentas, el oro y las piedras preciosas, el oropel de los años de esplendor hollywoodiense quedan hoy reducidos a cenizas. Sí, pero qué cenizas comparadas con la mugre cursi de las series televisivas actuales. Vale más un paseo en el carro de Horenheb (Mature) en medio de los leones que los seriales de pago que tan de moda están ahora.

A dónde va a parar la presencia de Víctor, de acuerdo, tieso y envarado pero también imponente, con los galanes de noche actuales. Lo mismo se puede decir de Simmons o de Darvi en los papeles de la bondadosa Merit y de la malvada Nefer, como de Ustinov haciendo del genial Kaptar. Sobresalientes todos.



Portada de una de las numerosas ediciones de la novela.

La realización para nosotros falla al quedar sepultada por lo gigantesco del proyecto. A pesar de su largura los personajes no terminan de cuajar, desde luego quedan muy lejos de la riqueza de matices que ofrecen en la novela.

Sobra, para nosotros, toda la carga filosófica y moralizante del discurso que se hace pesada y enlentece el ritmo. Una especie de sermón pueril que aburre, "Un hombre bueno es mejor que un hombre malo, la justicia mejor que la injusticia ..."

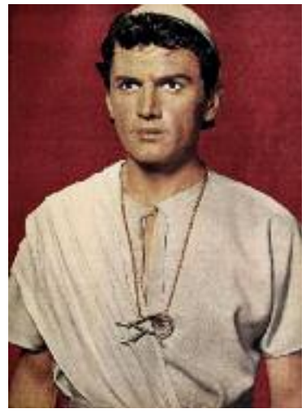
Ambientación médica

Teniendo a un médico como protagonista, la medicina ocupa una parte fundamental en la cinta y está pulcramente tratada.

Sinuhé (Purdom), "el que está solo", hijo de Senmut (Reid) médico de los pobres que conoce el arte de abrir los cráneos. No era ni es raro que el hijo siga la profesión sanitaria del padre. Tampoco que se formara durante diez años en la Casa de la vida de Tebas, la casa de la ciencia oficial y de los sacerdotes.

¿Y no es actual la dificultad que encuentra el médico novel para conseguir sus primeros clientes? Como no vienen a su consulta marcha al puerto a buscarlos en sus casas, algo parecido a lo que hacen ahora trabajando con mutuas y

seguros libres. Y allá va Sinuhé con su caja de medicinas y los instrumentos, "valiosos como piedras preciosas".



Lo veremos componer sus remedios mezclando en vino las drogas medicinales, haciendo trepanaciones por donde debe escapar el mal espíritu del paciente, rasurando y pintando el cráneo para abrirlo luego a golpes delicados de maza. Manos hábiles de cirujano que purifica con fuego su instrumental antes de las intervenciones, que administra sedantes e inmoviliza con ataduras a sus pacientes.

Perfecta la descripción del ataque epiléptico del nuevo faraón Akhnaton (Wilding) y las medidas prudentes que toma Sinuhé manteniendo abierta la boca para facilitar la respiración durante la crisis. Como el reconocimiento que hace a su madre en la corte interesándose por las pupilas, las sienes, los ganglios del cuello o el pulso.

Lo mismo entablilla una pierna fracturada, que protege las heridas con vendas de lino, trata las fiebres, cura los ojos o los dientes. Sin olvidar las enfermedades del alma ... y de la mente.

Y es que también salen a escena los aspectos éticos de la profesión diez siglos antes que apareciera el Juramento hipocrático. "Para un médico es más fácil quitar la vida que salvarla".

Ahí se le plantea el dilema moral de la salud mental del faraón. Los generales ("Si mi brazo tuviera gangrena lo amputaría"), los sacerdotes, hasta la misma madre proponen al médico que acabe con su vida, "por los dioses, por Egipto, por su propio bien ..." Es fácil, se trata de "fingir una intervención quirúrgica en la que muere el paciente". Después de recordar Sinuhé que "la misión del médico es prolongar la vida, no acortarla", de denunciar el egoísmo que encierra la propuesta, en una escena poco clara aceptará administrar a Akhnaton el veneno en una copa de vino. Por si acaso, tiene preparado también el correspondiente antídoto vomitivo.

Médico de los pobres primero y de los ricos después, consultas repletas de pacientes que deben esperar días a ser atendidos. ¿Nos suena esto de algo? Lo mismo que este práctico consejo: "El médico debe ser firme con sus pacientes, hacen más caso y pagan mejor"

De pasada vemos la Casa de la muerte donde trabajará Sinuhé durante noventa días. Lugar maldito al que nadie quiere acudir, donde sus sirvientes quedaban contaminados de por vida por el contacto con la impureza del cadáver, con sus vasos cánopes para guardar las vísceras, la preparación del natrón que en la cinta parece jabón, los vendajes de las momias ...

Todo sea para alcanzar la inmortalidad.

En resumen, una gran película histórica donde lo literario se impone a lo cinematográfico. Desmesurada, pero también bella en su desmesura. Imprescindible para conocer la época dorada de Hollywood.■

Pablo Martínez Segura

El médico-Papa Juan XXI
y su *Tesoro para pobres*

Las fuentes describen la vida y obra de Juan XXI (1210-1277), como el único pontífice médico de la historia, conocido originalmente como Petrus Hispanus o Pedro Juliano. Su trabajo más trascendente fue el *Tesoro de los Pobres*, un manual de medicina práctica del siglo XIII diseñado con remedios económicos para facilitar la autocuración de las clases populares.

Juan XXI, nacido como Pedro Rebuli Giuliani (o Pedro Julião Rebello) en Lisboa alrededor de 1210-1215. Hijo de un médico, recibió una educación excepcional en la Universidad de París, donde estudió medicina, teología, física aristotélica y metafísica.

Antes de alcanzar el solio pontificio, fue conocido académicamente como Petrus Hispanus (Pedro Hispano) o Maestro Julián. Su talento para la medicina lo llevó a ser profesor de esta disciplina y de oftalmología en la Universidad de Siena entre 1245 y 1250. Durante esta etapa, fue reconocido como un gran dialéctico y experto clínico, llegando a ser consultado en juicios médicos sobre enfermedades infecciosas. Su carrera eclesiástica fue igualmente exitosa: fue arzobispo de Braga, cardenal en 1273 y médico de cabecera del papa Gregorio X.

En 1276, fue elegido Papa en Viterbo, adoptando el nombre de Juan XXI. Su pontificado fue breve, de apenas ocho meses, y terminó de forma trágica en mayo de 1277 cuando el techo de su estudio personal en la catedral de Viterbo, que él mismo había mandado construir para sus investigaciones, se derrumbó sobre él.

El *Tesoro de los Pobres* es el primer gran manual de autoayuda médica. Representa un puente entre los saberes clásicos y la necesidad social, un intento de que el hombre, como escribió el propio Maestro Juliano, "se sepa curar sin médico donde no lo hubiere y hubiere mucha necesidad". Es un monumento a la caridad y a la observación que, siglos después, aún nos llama la atención por su extraña y descarnada humanidad. El propósito de la obra era democratizar la salud: ofrecer remedios "simples, probados y baratos" para que los desposeídos pudieran curarse sin necesidad de médicos costosos. No es una obra aislada, sino una vasta recopilación donde el autor alega la sabiduría de 56 doctores y maestros, entre ellos autoridades como Aristóteles, Avicena, Dioscórides, Galeno y el Maestro Giliberte.

El libro organiza los remedios por partes del cuerpo, comenzando por la cabeza (por ser el miembro más noble) y tratando afecciones como la sarna, los piojos, dolores de muelas, problemas de orina y la epilepsia. El primer capítulo del "Tesoro" se dedica a las "postillas" (costras o pústulas) y la sarna, reflejando las miserias cotidianas de la época. Para piojos y liendres, indica que el Maestro Giliberte propone un remedio curioso: beber limaduras de cuerno de ciervo con vino. Para casos persistentes, se empleaba el azogue (mercurio) mezclado con aceite, aprovechando su toxicidad para exterminar parásitos.

Medalla de bronce del escultor Armindo Ribeiro, Pedro Hispano (1210-1277), médico, filósofo y papa (Juan XXI), con varias obras famosas atribuidas a él, como «Anathomia Corporis» y «Summulae Logicales».

Incluía capítulos titulados *De coitu excitando* (para mejorar el placer y la excitación masculina) y *De coitu prohibendo* (para aplacar el deseo, útil para quienes buscaban mantener el celibato). Entre sus curiosas recetas se sugería comer testículos de tejón para la libido o aplicarse bilis de jabalí para aumentar el placer femenino. También, contenía explicaciones detalladas para problemas oculares, un campo en el que el autor era especialista. Un dato histórico relevante es que Miguel Ángel Buonarroti consultó este texto tres siglos después para salvar su vista, que estaba seriamente dañada por su trabajo en la Capilla Sixtina.

Emisión conmemorativa 800 aniversario del nacimiento del Papa Juan XXI

Petrus Hispanus eleva la sangre de cabrón a remedio soberano. En ese sentido, menciona un "experimento" de validación medieval: afirma que la sangre de raposo (zorro) es tan fuerte que deshace la piedra (cálculos); si se arroja en ella una piedra preciosa o vidrio, los "comerá" y deshará, demostrando así su potencia para limpiar los riñones. Para el dolor de muelas, explica que el Maestro Plinio sugiere cuerno de ciervo quemado hasta blanquear, aunque la obra reconoce que, ante el fracaso de la materia, la oración a Santa Apolonia es el último y más firme refugio.

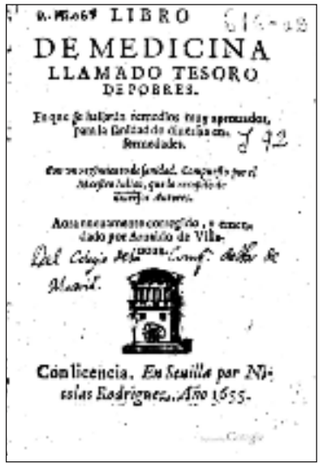
A pesar de su base pseudocientífica propia de la época, el libro también reflejaba las creencias medievales en lo sobrenatural, recomendando a veces el uso de amuletos o sustancias hoy consideradas repugnantes, como el estiércol, para fines terapéuticos. La obra gozó de una larga vida editorial, con múltiples versiones y traducciones al español, italiano e inglés que circularon hasta el siglo XVIII ■

LIBRO
DE MEDICINA,
INTITULADO,
TESORO DE POBRES,
CON LICENCIA

Portada TESORE DE POBRES de 1784

TESORO DE POBRES,
CON UN REGIMEN DE SANIDAD,
POR

Portada TESORE DE POBRES de 1869


LIBRO
DE MEDICINA
LLAMADO TESORO
DE POBRES.
Con licencia. En Sevilla por Nicolas Rodriguez. Año 1655.

Portada TESORO DE POBRES de 1655

Joaquín Herrera Carranza

El arcano de la quina de José Celestino Mutis

En el número 145, abril/junio 2021, de esta revista de ámbito farmacéutico, publiqué el artículo titulado *El boticario* Manuel Hernández de Gregorio *¿Adelantado de la nueva farmacia?*, en el que afirmaba que "Manuel Hernández de Gregorio no es muy conocido y, si lo es, se relaciona con el rescate que protagonizó de la obra, (...), de uno de los grandes científicos (médico, naturalista y botánico) españoles de todos los tiempos: José Celestino Mutis, autor de *El arcano de la quina*". Pues bien, en esta entrega la intención es analizar sucintamente la importancia de esta destacada aportación póstuma de nuestro personaje ilustrado.

Papel periódico de Santafé de Bogotá. La primera aportación apareció en el número 89, viernes 10 de mayo de 1793, con el titular: "*EL ARCANO DE LA QUINA*, revelado a beneficio de la humanoidad". Confiesa una exposición de motivos que, por razones de espacio, resumo:

Celestino Mutis nació en la ciudad de Cádiz el 6 de abril de 1732, donde estudió las primeras enseñanzas y se inició en su vocación médica en el Real Colegio de Cirugía de Cádiz, de muy alto prestigio en la época, si bien es en Sevilla donde alcanzó el título de Medicina (1757), posterior al de Arte y Filosofía en la Universidad Hispalense. Ejerció la medicina en su ciudad natal, trasladándose a Madrid unos años, descubriendo allí, al mismo tiempo, la botánica (universalmente conocido por su dedicación a esta ciencia), zoología, matemáticas, astronomía, mineralogía, etc.

En Madrid adquirió esos amplios conocimientos, principalmente en el Real Jardín Botánico, que adornaron su personalidad científica en su destino definitivo, elegido por invitación de un recién nombrado Virrey, Pedro Messia de la Cerda, marqués de la Vega de Armijo: Virreinato de Nueva Granada. Rumbo a América, 7 de septiembre de 1760, y llegada a Santafé de Bogotá el 24 de febrero de 1761.

José Celestino Mutis, médico, se insiste, que es universalmente conocido por la organización y dirección de la Real Expedición Científica (Botánica) al Virreinato de Nueva Granada, que merece una entrega posterior, porque en esta se presenta una visión abreviada de su única obra escriata, fundamental, por cierto: *El arcano de la quina*.

La Real Expedición se inició en abril de 1783, bajo la dirección de Mutis, permaneciendo al frente de la misma hasta su muerte, acaecida el 11 de septiembre de 1808 en la ciudad de Santafé de Bogotá. Una dedicación, muy en consonancia con su formación médica, fue la búsqueda, seguida del estudio, de nuevas especies de árboles de la quina, presentes en la zona geográfica que abarcaba la expedición científica. En efecto, en la misma cubierta del libro se puede leer: "*El arcano de la quina*: el discurso que contiene la parte médica de las cuatro especies de quinas oficinales sus virtudes eminentes y sun legítima preparación".

Obra póstuma, si bien, Mutis, publicó, en sucesivas contribuciones, un amplio contenido documentado, que vieron la luz en la gaceta

"Habiéndome llegado pues la ocasión de publicar mis particulares descubrimientos sobre la Quina; manifestaré los conocimientos adquiridos en mi larga mansión en esta parte de América, en la que la suerte me ha proporcionado como Botánico descubrir estos árboles, donde se ignoraba su existencia; distinguir sus legítimas especies y variedades de otros géneros también nuevos: y como médico separar las especies medicinales de otras menos virtuosas, (...), examinar las virtudes eminentes de las primeras y familiarizarme con el uso prodigioso de todas las especies de Quina,..."

.

En la edición, publicada por Hernández de Gregorio, parte segunda, "Ventajas esenciales en el uso de la Quina dimanadas de la distinción de sus eminentes virtudes y de su nueva preparación", presenta sus cuatro notorias quinas dotadas de virtudes medicinales, que se muestran:

QUINA NARANJADA	**QUINA AMARILLA**
Chinchona lancifolia	***Chinchona cordifolia***
QUINA ROJA	**QUINA BLANCA**
Chinchona oblongifolia	***Chinchona ovalifolia***

Con relación a la preparación, describe la elaboración de una fórmula apta fermentada: la **cerveza de quina** (naranjada, amarilla o blanca), a base de mezclarlas, en proporciones fijas, con miel de cañas, para uso diario, que tuvo amplia aceptación por parte de boticarios y médicos.■

PRIMAVERA

El paisaje se cae de boca por los ojos
y salpica los labios del espíritu.
Todo en el avatar del aire vuela,
dan señales de vida los trascachos
y en el rojo carmín de la amapola
se delatan pleamares cosidas a los trigos.
La alegría mantiene a raya los majuelos
y los cuida con el único pretexto de ponerlos
a volar en las puntas gastadas del tiempo.
La tierra sufre la locura dentro,
la vida ve todo color de rosa,
se vende el júbilo a precio de costo
con el único valor añadido de vivir
entre las cuatro paredes del corazón.
Entonces nace todo, por ejemplo,
un poema de amor escrito
a los dictados de la adolescencia
con todos los errores que el espíritu aguanta.
Es como si la sangre cogiera la palabra
de antemano para ocupar el paisaje
y darnos por escrito la belleza.

Cristóbal López de la Manzanara

Fiesta de vivir

Fiesta es vivir en compañía.
Para cantar
las aves se congregan en el árbol;
para que huela el aire
juntas crecen las rosas. No es suficiente
una espiga para amasar el pan.

El júbilo, como el tapiz, se teje
con numerosos hilos.
El llanto es más posible
cuando los ojos se hartan de estar solos.

Fiesta es vivir en compañía.
La tristeza
siempre está sola.
Es como un lago: Agua
que nunca desemboca.
Fiesta es el río
porque nutre, acompaña, ama la tierra
y viste las orillas.
Vivir es entregarse
a alguien, andar juntos, conversar,
ir aumentando el mundo con palabras
dichas a medias.

Fiesta es vivir en compañía,
cantar en coro, en orfeón de almas.

Vivimos juntos y morimos solos.

Fiesta es amar a Dios, en compañía.

José María Fernández Nieto

La hora vacía

Hay una hora del día vacía,
donde la mente se viste de alondra
y vuela frágil por un cielo inmenso,
tapizado de sueños milenarios.

Es la hora ausente de minutos
que cursa independiente de otras horas,
languidece en el aire que la envuelve
y se desmaya sobre mis pestañas.

Es la hora redonda que reclama
la atención de lo que pudo haber sido,
las míticas quimeras que los años
no han podido vencer tras sus escudos.

Es la hora perdido de la agenda
oculta tras la huella inacabada
del correr, de mis pasos, por el día.
Amuleto dormido en el reposo.

Es la pausa que buscan otras horas
que trenzan, a escondidas, los minutos
que acosan, implacables, cada vida.
Oasis de pereza en el silencio.

Es la hora perfecta y nacarada,
donde se inspira la melancolía,
cuando la paz anida en cada pecho
Y el corazón, inicia su cruzada.

Almudena Barbero

Hoy me partió el alma la tarde,

me crucé a lo lejos con el sol
y me dijo sonriendo: ahora vuelvo,
luego lo vi contigo
abrazando la esquina de la noche y
haciéndote un regalo de colores.
Ando celoso.
Nunca llegué a pintar como él lo hace.

Tiene garra el color del fuego,
arde sobre el viento,
espera que la noche llegue
y las guirnaldas se hagan luciérnagas
cuando pestañees mirando al
horizonte.
¡Ay! Quién besara tus párpados
y pusiera un campanario
para tocar a arrebato
cuando la mañana llegue.

Paco Sanchez-Muniz

El alba aparece

El alba aparece en la mañana,
dama de luz con glaseado velo,
colores suaves entre tierra y cielo
pintan el horizonte con desgana.

En el pueblo redobla la campana,
las aves sin pensar alzan el vuelo,
acelerados pasos en el suelo
se escuchan en la plaza más cercana.

Es domingo y se nota la alegría
de la gente hablando entretenida
sin las prisas ansiosas de las horas.

Es tiempo de gozar a mediodía
mientras el sol ofrece su acogida
y el eco nos trae risas sonoras.

Julia García Torralba

SOY

Soy un alma libre a la deriva.
Soy la luz y sombras de mis pasos.
Soy la voz que calla, temblorosa.
Soy esa atracción de mi sonrisa.

Soy un grito fuerte y decidido.
Soy el sueño dentro de otro sueño.
Soy una mirada pensativa.
Soy versos que borran un poema.

Soy una rutina de utopías.
Soy sumas y restas divididas.
Soy fruto de todos mis principios.
y…en todo este Caos…me reconozco.

Alejandro Blasco

A ESCONDIDAS

Te miro a escondidas
te envuelvo con hilos de alma.
De alma clara, te envuelvo.
Bebo tus labios
sin derramar una gota.
Cuelgo en tus ojos mi risa.
Te miro a escondidas
abandono mis deseos en tus manos.
Te oigo de lejos susurrar,
sorprendo tus ojos en mí.
Cuando nadie me ve
te miro a escondidas,
te concedo leer mis silencios.
Después de acogerte en mi esencia
descanso en ti.
Sin rozar tus manos
ni tus labios
ni tu cuerpo.

María Dolores Peña

Si busco a Dios…

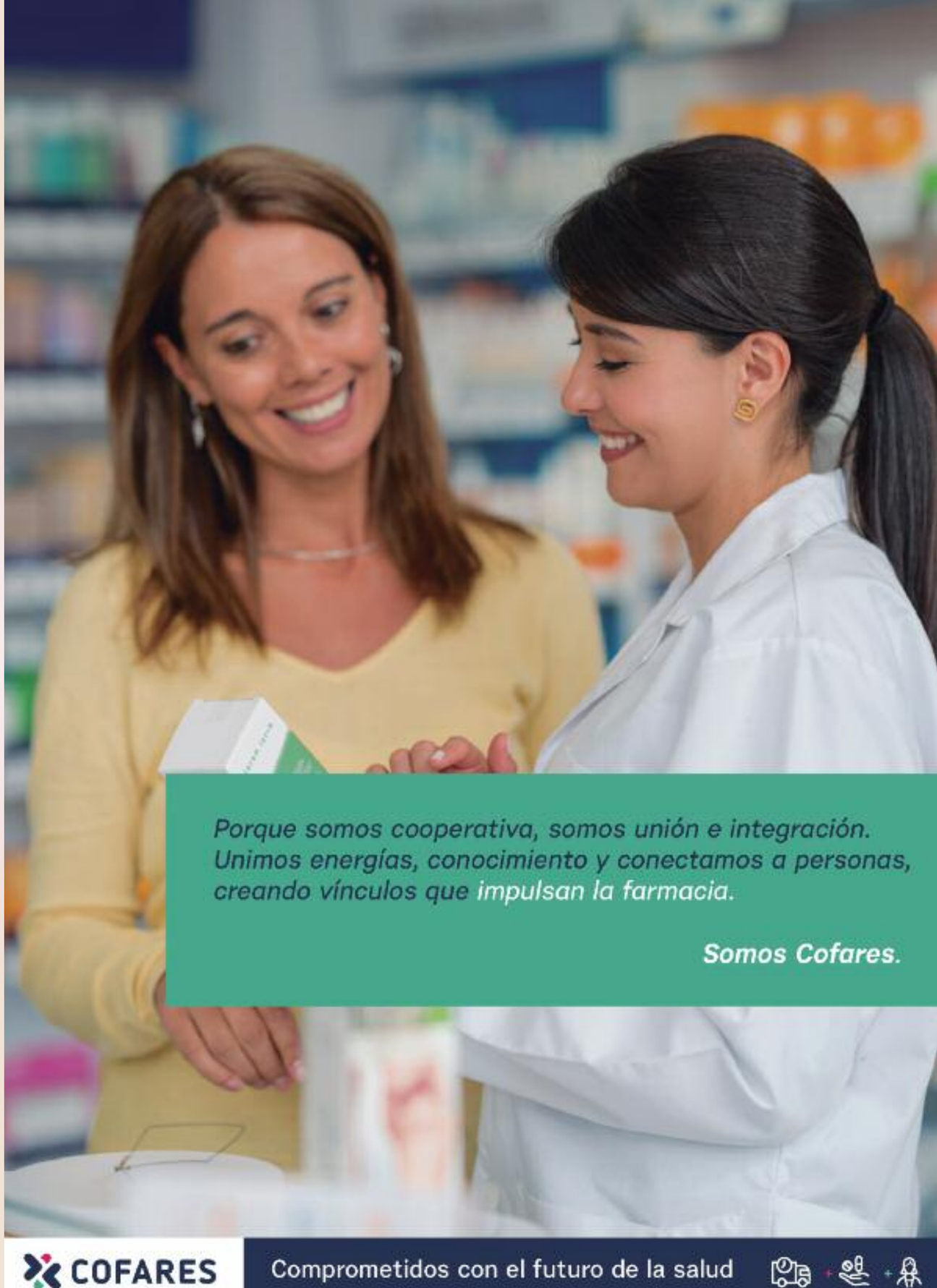
arenas sin saciar son mi tormento
de un mar que viene y va
y olas inquietas, donde yo anhelo
poderme sumergir me son
esquivas.

Un día de duelo y un rincón oscuro,
donde entrañas dolientes
se esconden en silencio,
una niebla me envuelve toda entera,
hasta sentir su aliento en mi costado.

Si buscas a Dios desencantado,
no mires más al cielo.

Suave cual sábana de seda,
dulce como el canto de una nana,
fiel como perro de invidente
presente se hará en ti desatando ataduras.
¡No mires a lo alto que el cielo se abajó!

Paz Hidalgo



Carmen Tormo Almiñana

La huella del agua

La técnica de la Acuarela es aparentemente sencilla, pues se trata de diluir pigmentos en agua y transitar con pinceles de pelo suave sobre papel, aunque esa sencillez encierra mucha complejidad.

Tanto los pinceles como los pigmentos los hay de muchas marcas, formatos y calidades, pero lo fundamental es el papel, ese soporte que tiene un grosor, textura o color que diferencia el trabajo realizado, así como su grado de humedad, según sea la técnica, húmedo sobre húmedo, húmedo sobre seco, seco sobre seco, además de multitud de recursos y métodos para conseguir el efecto deseado.

En relación al tema, será más apropiada una técnica u otra. según se quieran resaltar valores, atmósfera o resultados buscados por el artista.

El agua es neutra, transparente y fluye libre sobre el papel en función de la temperatura, humedad, textura, instrumento que la aplica y la carga de pigmento que lleve, podría decirse que" brota con vida propia "dejando huellas de color allá donde pasa, tan imprevisible a veces, que resulta un proyecto desechable.

La Acuarela es una técnica que permite pintar de forma libre, rápida, directa y espontánea y así transmitir con frescura las ideas, sensaciones, realidades y todo lo que la creatividad pueda producir para intentar plasmar belleza y transmitirla, aún nadie ha difundido ese secreto.

El agua, esencial para la vida, es el componente químico principal del cuerpo humano, fundamental para la supervivencia, que actúa en el transporte de nutrientes, lubricación de articulaciones, regulación térmica y eliminación de toxinas.

Si, el agua es el principal componente del cuerpo con el que nacemos y del planeta donde vivimos.

¿Cómo no va a dejarnos huella?■

Normas de publicación en *Pliegos de Rebotica*

1–Ser socio de AEFLA (preferentemente).
2–Compromiso implícito de autoría y originalidad del texto.
3–Temática histórica, artística o literaria.
4–Texto en formato Word. Extensión en la revista máxima 2 páginas; excepcionalmente 3 páginas.
5–No se aceptarán textos con más de 580 PALABRAS por página
6–Las imágenes no insertadas en el texto; adjunto JPG y unos 200 ppp.
7–Firma del artículo con nombre y apellidos.
8–El material publicado implica la cesión y consentimiento para su reproducción.
9–Solo se publicará un artículo por autor en cada número de la revista.
10–Texto libre de connotaciones políticas y religiosas, basado en el respeto mutuo.

Enviar escritos a: pliegos@aefla.org

Rita Moreno

El Greco y Cervantes
pigmentos y palabras

A finales del siglo XVI, cuando España vivía el esplendor y las sombras de su Imperio, dos figuras excepcionales compartieron un mismo tiempo histórico sin llegar nunca a encontrarse: Doménikos Theotokópoulos, El Greco, y Miguel de Cervantes Saavedra.

La pintura de El Greco, como la escritura de Cervantes, parece emerger de un territorio intermedio entre lo real y lo imaginado, entre lo que los ojos ven y lo que el espíritu presiente. Mientras Cervantes construye en Don Quijote un universo donde lo cotidiano se abre a lo inverosímil, El Greco eleva la forma humana hasta convertirla en un relámpago espiritual. Ambos buscan, cada uno desde su arte, revelar aquello que escapa a la mera apariencia.

En los lienzos de Doménikos Theotokópoulos las figuras se alargan como si aspiraran a liberarse del peso de la materia. Sus cuerpos, suspendidos en espacios sin tiempo, recuerdan a los personajes cervantinos que, aun anclados en la realidad más ruda, nunca renuncian del todo a un horizonte imposible. Hay en ese estiramiento anatómico —tan propio del Greco— una voluntad semejante a la de Alonso Quijano al convertirse en caballero andante: la necesidad de tocar con los dedos un mundo más alto, más noble, aunque solo exista en su deseo.

El color, en El Greco, vibra con una intensidad que no pretende imitar la naturaleza. Azules casi eléctricos, rojos encendidos, verdes que rozan lo irreal componen una atmósfera que se podría llamar, sin exagerar, visionaria. Cervantes, desde la pluma, practica una audacia similar: mezcla géneros, subvierte la novela de caballerías, ilumina con humor y melancolía los rincones más humildes de la condición humana. Ambos arriesgan; ambos desafían lo establecido.

Y está, sobre todo, la luz. Esa luz que en los lienzos del Greco no procede del cielo ni de una ventana, sino que parece brotar desde dentro de los personajes, confiriéndoles un halo de revelación. Es una luz que no describe, sino que interpreta. Cervantes también ilumina desde dentro: no se limita a narrar aventuras, sino que hace brillar las contradicciones y grandezas de sus criaturas, mostrando el alma que late bajo sus gestos. El Greco lo hace con pigmentos; Cervantes, con palabras.

El Greco llegó a Toledo en 1577 tras formarse en la tradición bizantina y en la pintura veneciana. Buscaba un lugar donde desarrollar una expresión pictórica que no terminaba de encajar en Italia. Por su lado, Cervantes, había regresado en 1580 a España después de cinco años de cautiverio en Argel, y trataba de abrirse camino en un país que no siempre reconoció su talento.

Hoy, más de cuatro siglos después, El Greco y Cervantes siguen dialogando: uno desde sus lienzos en vibración mística; el otro, desde sus páginas llenas de humor y hondura. Dos creadores únicos, dos vidas paralelas que, sin cruzarse, iluminaron una misma cultura.■

Margarita Arroyo

María Paz Martín Esteban

directora del Real Jardín Botánico de Madrid

Delgada, pero no frágil. Melena lisa y flequillo que le da un aire juvenil. Cordial. Expresiva. Sonriente. Acogedora. Extrovertida. Claramente enamorada de su trabajo y con un entusiasmo que trasmite un interés inmediato por él a quien la escucha. Sencilla en el trato aunque su fama de excelente científica la precede. Comienzo por el principio.

¿Cómo comenzó tu interés por la botánica?

–Ya cuando era una niña le pedía a mi padre que me llevara con él al futbol, al que nunca he sido aficionada. Pero lo hacía porque para llegar al estadio había que atravesar un bosque y él me iba explicando nombres y curiosidades sobre las plantas y los animales que encontrábamos Eso me interesaba muchísimo. El partido me lo pasaba leyendo algún libro, pero la ida y la vuelta eran muy importantes para mí porque me abría un mundo interesante y maravilloso. Ahí empezó todo. Luego en la EGB me gustaban todas las asignaturas, pero mi preferida siempre fue la biología y al llegar a elegir carrera, aunque mi familia hubiera preferido medicina o farmacia que veían , más "útiles" seguí mi vocación e hice Biológicas que era lo que siempre me había fascinado.

–¿Cómo te veías en el futuro?

–Quería ser profesora de instituto como las que había tenido. Sobre todo de secundaria. La docencia siempre ha sido muy importante para mí y de hecho lo soy aun aunque de forma intermitente y en el ámbito universitario. Es algo muy gratificante.

–Y por qué la investigación y la especialización en hongos, porque en general no despiertan mucha curiosidad, quizá por su aspecto anodino.

–Pues de una forma casual. Siempre me ha gustado participar en algún trabajo y en segundo de carrera un profesor recibió el encargo de hacer un catálogo de hongos y líquenes de Cataluña y pidió voluntarios para hacer las fichas que entonces se hacían mano. Me ofrecí y me dio el grupo de los gasteromicetes. Después de acabar, me propuso hacer la tesina sobre ello y acepté. Así me encaminé a la investigación.

–A priori su estudio no parece excesivamente atractivo. ¿Por qué siguió?

–Es que son realmente impresionantes. Sabemos que hay unas 130.000 especies de hongos a nivel mundial conocidas y catalogadas, pero se estima que pueden llegar a ser unos 5.000.000. Continuamente estamos descubriendo hongos y no solo microscópicos, sino también con pie y sombrero. Además cuando yo estudiaba bachiller los hongos aparecían como una parte de la botánica y no se hacía mucho hincapié es ellos. Pero no es así, pues es un reino aparte. En general no se conoce que nosotros estamos más cerca de ellos evolutivamente que las plantas, pues, entre otras características sus células no contienen celulosa, sino quitina. Y en el árbol de la vida son primos hermanos de los animales. Son seres con estructuras fantástica, especialmente bellas al microscopio. También son importantes para la alimentación, la industria y la medicina. Son indispensables para la vida de los bosques, ya que ayudan a otras plantas en su alimentación, les ayudan a adsorber el agua, librarse de enfermedades y también de parásitos o depredadores. Además llegaron antes que las plantas que sin ellos no hubieran podido existir. Estamos acostumbrados a verlos como seres pequeños y frágiles pero el organismo más grande del mundo se ha encontrado en un bosque de Oregón. Estaban estudiando las coníferas y encontraron que el micelio de un solo hongo, el armillaria ostoyae, llamado hongo de la miel, ocupa un espacio de 965 hectáreas y casi 10 kilómetros cuadrados de suelo.

> "Los hongos forman un reino independiente, separado de las plantas, y evolutivamente están más emparentados con los animales que con las plantas."

–¿ Cómo llegaste al Jardín y qué esperabas de ello?

–Llegué con nueve meses de contrato dentro de un proyecto que era Flora Micológica Ibérica. Mi marido que es una gran persona y siempre ha sido una gran ayuda para mi, se quedó en Barcelona y yo vine a Madrid pensando que era una estancia más de las muchas que ya había hecho como por ejemplo en la universidad de Upsala. Me sentí muy a gusto desde el primer momento. El laboratorio que ahora se ha expandido mucho, entonces era muy pequeño, una habitación. Creo que éramos dos personas y lo primero que me dijeron es que tenía que organizarlo. Me acuerdo que empecé con los armarios, colocar el material, limpiar, ordenar…. Tuve después la suerte de tener un contrato de la Comunidad de Madrid. Enseguida otro del Hospital Ramón y Cajal este ya un contrato serio de investigación en noviembre y en enero me presenté a Científico Titular. Conseguí la plaza y como consecuecia, mi marido también se vino a Madrid. Así conseguimos organizarnos mejor y pudimos adoptar a dos niñas.

–¿Qué se necesita para un trabajo tan complicado como es el de dirigir esta institución?

–Lo primero, que te entusiasme el proyecto, porque es muy absorbente y complejo. No es solo el mantenimiento. Es investigación, conservación, jardinería, el público, divulgación científica, comunicación, coordinación entre departamentos, personal… También actividades como conciertos, teatro, ciclo de cine, presentaciones, actos institucionales con La Comunidad, congresos internacionales….. Se necesitan ganas de trabajar, cerebro y también corazón. Yo he tenido la suerte de que antes he trabajado en casi todos los departamentos y creo que eso ha hecho que tuviera un conocimiento global que me ha ayudado mucho. Pero no es fácil, porque yo además soy profesora de investigación y tienes que compaginarlo todo.

–¿Te has sentido alguna vez discriminada por ser mujer?

–Pues sí, antes de venir a Madrid una vez me presenté a un centro –del que no voy a decir el nombre– y éramos dos candidatos, un compañero mío y yo. El caso es que la responsable que era una mujer, me dijo que le darían la plaza al otro candidato porque yo era mujer y estaba casada, así que no lo necesitaba… Lo que más me dolió es que era una mujer. Pero con los compañeros siempre me he sentido bien. Sin embargo fue muy bueno para mí, porque como no nos habíamos ido de vacaciones, me inscribí en un congreso en Austria y ahí conocí a una persona que fue fundamental para los análisis moleculares posteriores. Y desde luego no ha habido problema con mi vida familiar, porque mi marido ha sido siempre mi gran apoyo y también los dos estamos criando a nuestras hijas compaginando nuestras actividades.

–¿Alguien más que haya sido importante en tu carrera?

–Cuando estaba haciendo la tesis doctoral tuve la suerte de que en Upsala tuviera un eminente director y a partir de entonces contacté con importantes personalidades en mi campo que me dieron una visión para entender la investigación de forma profunda, nueva y muy determinada. También he estado muy apoyada por muy buenos investigadores extranjeros en congresos o cursos en distintos países.

–Y qué ambiente te encontraste aquí en El Jardín, con predecesores históricos y tan importantes en este puesto?

– Simplemente estupendo. Compañerismo, apoyo y camaradería. Tenemos un ambiente de trabajo en el que todos participamos en lo que nos concierne directamente y nos prestamos ayuda si es necesario cualquiera que sea el trabajo propio. Es muy agradable trabajar así.

Habla con entusiasmo, ligeramente inclinada hacia mí creando instintivamente un contacto humano auténtico. Quizá esta es la palabra que utilizaría para definirla.■

Beatriz Brasa Arias

Templum libri

Existe un lugar en Ponferrada que destila Ciencia y Magia a partes iguales. Y es que la exposición de facsímiles *Templum Libri* no puede ser más hermosa ni estar en mejor ubicación que el Castillo de los Templarios de esta ciudad, de mi ciudad.

Los ponferradinos y ponferradinas estamos muy orgullosos de esta joya literaria y museística, que cada año atrae a más y más visitantes de entre aquellos que deciden venir a vernos, bien porque van de paso hacia Compostela, bien porque nos escogen como destino para conocer el Bierzo y sus muchas riquezas y bondades.

Templum Libri es el resultado del amor por los libros de un berciano, Antonio Ovalle, quien tras una vida dedicada a las Artes y la Cultura decidió, de la manera más generosa, ceder su colección de casi cincuenta facsímiles recopilados a lo largo de muchos años, así como otras tantas obras de gran interés. Gracias a este acto de desprendimiento y bonhomía, disfrutamos de una magnífica colección permanente y de exposiciones temporales que el propio Antonio gusta de glosar e ilustrar en visita guiada cada cierto tiempo.

Pero, ¿qué es Templum Libri? Pues *Templum Libri* es una exposición permanente de los facsímiles, libros de autor y obra gráfica más bellos de la Historia. Estamos hablando de ejemplares que hasta hace poco tiempo han permanecido ocultos y custodiados en colecciones privadas, bibliotecas, universidades, monasterios y museos.

Y es que un libro no siempre fue ese algo accesible que podemos llevar en el bolsillo. Hasta la invención de la imprenta por Johannes Gutenberg a mediados del siglo XV, los libros eran objetos de lujo creados de manera artesanal para el uso restringido de las élites sociales: nobleza, clero y posteriormente, burguesía. Su utilidad iba desde la difusión de la fe y del conocimiento, hasta el simple hecho de ser admirados y disfrutados por sus poderosos propietarios. Y también, de paso, dar testimonio de su status social.

Tuvieron que pasar algunos siglos más, hasta la Revolución Industrial en los siglos XVIII y XIX, para que los libros fuesen producidos de manera masiva gracias a los avances tecnológicos como la máquina de vapor aplicada a la imprenta. Y no fue hasta 1935, que la editorial Penguin Books revolucionó el mercado en el Reino Unido lanzando libros de bolsillo de alta calidad por solo seis peniques, haciendo que la lectura fuese accesible para casi cualquier persona.

Los libros expuestos ocupan dos de las salas del Palacio Nuevo del Castillo de Ponferrada, mandado construir por D. Pedro Álvarez Osorio, Conde de Lemos, a mediados del siglo XV. En la primera de ellas se encuentran códices y manuscritos de temática religiosa, mientras que en la segunda, dedicada a las Ciencias y Humanidades, se exponen manuscritos iluminados (esto es, decorados con imágenes, letras, dibujos), libros impresos ilustrados y de autor, que responden a contenidos de carácter científico, humanístico, artístico y literario.

Don Quijote ilustrado por Dalí. 1946-1957

Conforma todo ello una colección que, sin lugar a dudas, es una de las mejores del mundo en su género. La visita siempre resulta amena, extremadamente interesante, rigurosa y didáctica. Sobre todo si tenemos la oportunidad de coincidir con una de las visitas guiadas que tan generosamente ofrece Antonio algún sábado por la mañana. Además, *Templum Libri* tiene un carácter dinámico y suelen organizarse exposiciones temáticas temporales como en Navidad, Semana Santa, sobre tratados de Medicina, etc.

Facsímil. Atlas Vallard Ca 1547. Huntington Library .San Marino (USA)

Asimismo, cuenta el Castillo con la "Biblioteca Templaría y Centro de Estudios Históricos", bien dotada de libros de temática templaría que convierten este espacio en un lugar de lectura, exposición, investigación y disfrute.

En una agradable charla con Antonio Ovalle, me contó que la pasión por los libros le viene de su más tierna infancia, y que siempre le llamaron la atención los libros ilustrados. Andando el tiempo consiguió hacerse con el primer facsímil de su colección: El libro de las horas de Isabel la Católica (S. XV), aunque en realidad el libro era de su suegra, Juana Enríquez.

El origen de *Templum Libri* tiene su germen en el año 2007, cuando Ponferrada acogió la exposición de arte sacro Las Edades del Hombre. Allí se gestó la idea de darle un contenido cultural al Castillo de los Templarios y, dos años después, se firmó un convenio para la creación de una exposición permanente y una biblioteca. De este modo, y tras la generosa cesión de la colección de Antonio, se abrió en 2010 *Templum Libri* y en 2012 la Biblioteca Templaría. No obstante, la colección, según su propietario, es como un árbol que crece, se ramifica, florece… Por lo que sigue viva, ampliándose y renovándose en la medida de lo posible.

En la colección hay una sección de facsímiles y libros de Historia Natural, Materias médicas, herbolarios, bestiarios, etc. de gran interés para todos aquellos que amamos las Ciencias Naturales pero que también sentimos pasión por las Artes y las Letras.

Yo no puedo olvidar la sensación de poder hojear un *De Materia Médica de Dioscórides*, en edición del doctor. Andrés Laguna, original del S.XVI. Bien sabemos los farmacéuticos y farmacéuticas de la importancia de esta materia médica en nuestra profesión a lo largo de los siglos, ya que se considera precursora de la farmacopea moderna. Y tener el privilegio de poder sentir el tacto de sus hojas, contemplar las ilustraciones originales, sentir el olor, ese maravilloso y evocador olor de los libros antiguos…

Así que animo a todos aquellos que quieran encontrar la belleza y también el conocimiento en un entorno tan fantástico con el Castillo de los Templarios de Ponferrada, que se acerquen a conocer *Templum Libri* porque estoy convencida de que les va a entusiasmar. ■

Paloma Celada Rodríguez

Malos tiempos

Gruesos chorretones de agua recorren su cuerpo. El oscuro bronce de su piel brilla con el agua que la cubre por completo.

Una tormenta repentina ha venido a perturbar el idílico día primaveral del que estaban disfrutando los visitantes del parque. El brillante sol que lucía hace unos instantes se ha visto cubierto por negros nubarrones que, en cuestión de unos pocos minutos, vuelcan su cargamento de agua intempestiva convirtiendo el paraíso en un infierno de lluvia y viento.

Ella permanece impertérrita ante el aguacero que asola la zona. Son ya muchos los años que lleva viviendo allí, ya está acostumbrada a los bruscos cambios de clima característicos de la ciudad que la recibió hace más de un siglo. Se sintió parte integrante de la urbe desde el primer momento, fue acogida como suelen hacerlo sus lugareños: con naturalidad, alegría, demostrando que en esa villa nadie es forastero, ni siquiera Ella, una alegoría.

Nada más llegar la ubicaron en un lugar privilegiado, formando parte de un conjunto escultórico pletórico de simbolismos. Ella es la representación de la Ciencia, uno de los cuatro emblemas que simbolizan los pilares en los que el progreso se sustenta. La Industria, la Agricultura y las Artes son sus otras tres compañeras.

A sus pies un estanque custodiado por cuatro sirenas cabalgando enormes criaturas marinas y armadas con tridentes.

Escultura del monumento a Alfonso XII en el estanque del Retiro. Alegoría de **la Ciencia**.

En la superficie del agua los patos y las barcas conviven en armonía. El cadencioso chapoteo de los remos se mezcla con las risas de quienes bogan entre las miradas curiosas de las carpas que boquean en la superficie para, acto seguido, sumergirse en la pequeña profundidad del lago. Y arriba, en un pedestal privilegiado y separado del suelo, el protagonista del monumento, un rey a caballo que, sable en mano, pasa revista a sus subordinados, aunque muchos de quienes a sus pies pasean no sepan ni su nombre ni cuándo ni cómo reinó.

Árboles centenarios la rodean procurando frescor en verano y una imagen de abandono en invierno, cuando se desnudan de hojas; entre las ramas todo tipo de pajarillos se esconden, sus alegres trinos se mezclan con las melodías de los músicos callejeros donde se alternan armoniosos valses al son de un violín con estridentes acordes de jazz emitidos por una trompeta.

La alegría la rodea, más Ella está triste. Su mundo, el que Ella representa y del que es alegoría, se tambalea. La ignorancia va ganando terreno, su poder avasallador arrasa todo. La Historia que impregna el entorno, las piedras, los árboles, el agua, es desconocida por la mayoría de los paseantes, solo interesados en capturar con la cámara de sus teléfonos una instantánea que constate su paso por allí, sin saber que, en aquel lugar, pasaron muchos otros dejando huella. Una huella cada vez más difusa, más borrosa, apenas visible, oculta por tanta estulticia y oscurantismo.

A veces, Ella no puede evitar reír cuando esos cazadores de imágenes autocomplacientes pasan, sin hacerle una sola foto, delante de la compañera que custodia la entrada al monumento, ignorando que es la diosa Cibeles, la misma que se afanan en capturar con sus cámaras en una fuente cercana al parque.

Unas barcas permanecen abandonadas a unos metros de donde ella se encuentra. El chaparrón ha provocado que sus tripulantes desistieran de ir al embarcadero optando por huir de la lluvia saltando a la orilla más cercana. El desamparo de esas barcas, solas, sin ocupantes que las gobiernen, la sume más en la tristeza. Ella también se ha quedado sola, huérfana.

Nadie la observa ahora, y cuando la fotografían tampoco. Miran sin ver, observan sin entender. Un transportador de ángulos en la mano diestra, un libro abierto en la izquierda y varios tomos a sus pies representan los instrumentos con los que la Ciencia se vale.

Para qué tanto afán en representar símbolos si ya nadie sabe qué significan; la mayoría desconoce qué es un transportador de ángulos y mucho menos para qué sirve.

Cada nuevo plan de estudios demuestra ser más ineficaz que los que le precedieron. Las nuevas generaciones afrontan el futuro inmersas en la incultura donde la Matemática ocupa, de todas las ciencias, el dudoso honor de ser la más ignorada. Calcular una simple regla de tres se convierte en un problema insoluble; la proporción es una incógnita oculta, un arcano inaccesible e inextricable. La tecnología permite acceder a las imágenes de estrellas muy lejanas, a millones de años luz de distancia, pero muchos no saben convertir un metro en centímetros.

Corren malos tiempos para la Ciencia. No tiene amparo, ni patrocinio, ni sostén. Los pocos que aún la defienden abandonan la lucha agotados por el desánimo.

Cuando aquel filósofo huraño y malhumorado dijo «Que inventen ellos» sentenció la actitud de todo un país hacia la Ciencia. Aunque puede que lo único que hiciera con aquella malhadada frase fuese mostrar el carácter de sus gentes, amigas del disfrute y de dejar lo difícil e intrincado para otros. Pero al cascarrabias se le olvidó añadir que los logros y el avance tecnológico también serían para *ellos*.

Pequeñas olas producidas por el vendaval de la tormenta lamen los peldaños que llegan hasta la orilla del estanque; el chapoteo adormece, aletarga el dolor. Ella se deja mecer por el sonido; mientras, las nubes se van alejando más ligeras tras haber liberado su lastre de agua. Un tibio sol asoma, con timidez se empeña en sumir en el olvido la reciente tempestad. El agua que todo lo cubría unos momentos antes ahora solo está presente en algunos charcos aislados. Su piel de bronce se seca, pero Ella sigue llorando.■

Dicha alegoría la realizó en 1920 el artista barcelonés Manel Fuxá i Leal.

La revista *Pliegos de rebotica* en formato impreso solo la reciben los socios numerarios de AEFLA.
Se puede acceder en formato digital a través de la WEB www.aefla.org
osolicitarlo en aefla@redfarma-.org

José González Núñez

Escritores con vocación boticaria

La relación entre la farmacia y el medicamento con la literatura nunca ha dejado de existir. Desde el *Poema de Gilgamesh*, que incluye el viaje del rey de Uruk a la búsqueda de la "planta de la eterna juventud" (un remedio contra la angustia y para recobrar la vitalidad), a la *Oda a la Farmacia*, de Pablo Neruda, el canto más emotivo que se haya dedicado a la profesión: "Farmacia, iglesia/ de los desesperados,/ con un pequeño/ dios/ en cada píldora…". A lo largo de la historia, la farmacia ha aportado temáticas y metáforas sin fin a la creación literaria, y no pocos farmacéuticos han abordado la creación literaria, tratando de "convertir el cobre del lenguaje en el oro de la literatura mediante la alquimia del verbo" (Carlos Fuentes).

Es frecuente dividir a los farmacéuticos que han escrito obras literarias en dos grandes grupos: el de los "escritores farmacéuticos" y el de los "farmacéuticos escritores". En el primero se incluye a quienes, tras terminar la carrera universitaria o ejercer de forma temporal la profesión, abandonaron pronto la farmacia para ganarse la vida como escritores profesionales, como es el caso, entre los nuestros de Raúl Guerra Garrido, narrador caleidoscópico, que supo entender como pocos la literatura como fármaco y "ajustar según arte" el fármaco como literatura, y de León Felipe, el rebelde que no quiso filiación ni escuela, "poeta del viento, del barro y de la luz". Entre los de fuera, hay que destacar al británico John Keats, médico-boticario muerto prematuramente, sin apenas tiempo de hacernos sentir sus poemas como relámpagos, pero cuyo nombre sigue "escrito sobre el agua"; el brasileño universal Carlos Drummond de Andrade, siempre a la búsqueda del poder alquímico capaz de transformar el plomo de la desesperación en el oro de la esperanza solidaria, y el austriaco Georg Trakl, nostálgico del paraíso del que solo gozan los nonatos y muerto a los 27 años, la edad tan proclive al suicidio de los buenos artistas, después de haber vivido a destajo y acumular "la dosis de infierno necesaria para escapar de este mundo dando un portazo" (Antonio Lucas).

El segundo grupo, en cambio, lo integrarían quienes han dedicado toda su vida a la farmacia y de forma, más o menos puntual o periódica, se entregaron a la creación literaria en sus distintas vertientes: poesía, novela, cuentística o ensayo, como sería el caso, entre otros muchos letraheridos, de Pedo Malo, Federico Muelas, José Antonio Fernández Nieto, Rosa Fabregat, Margarita Arroyo, José Félix Olalla, Javier Puerto y Rafael García Maldonado. Más allá de nuestras fronteras, quizás el nombre más representativo es el del químico-farmacéutico chileno Daniel Belmar.

Sin embargo, esta división resulta un tanto artificiosa porque los límites entre ambos grupos no siempre están bien definidos. Lo que unos y otros, sin distinción, aportan a la creación literaria es la capacidad de observación, ese plus de conocimiento del universo y del ser humano que llevan consigo el estudio y el ejercicio de la ciencia farmacéutica, así como el humanismo consustancial a la actividad farmacéutica. Además, junto a estos dos grupos y todas sus posibilidades intermedias, existe otro más que interesante, que es el de los escritores no boticarios con vocación de farmacopolas, como sería el caso de tres grandes autores:

–**Álvaro Cunqueiro**, cuyo territorio literario abarca desde la mitología céltica y la poesía de los trovadores hasta las vanguardias, haciendo lo real maravilloso y lo maravilloso, real. Sin embargo, lo suyo "no era realismo mágico, sino magia de las palabras, fundación mítica de la propia vida" (Pere Gimferrer).

Aprendiz de farmacéutico en la botica de su padre, situada en los bajos del palacio episcopal de Mondoñedo, Cunqueiro es autor de la impagable *Tertulias de boticas prodigiosas y escuela de curanderos* y, según nos dice: "El autor de este texto tuvo ocios bastantes en la oficina de Farmacia paterna para, desde párvulo, deletrear en los botes los nombres sorprendentes, desde el opio y la mirra a la menta y la glicerina, y más tarde, ayudar a hacer píldoras y sellos, y escudriñar el misterio del ojo del boticario, y sumergir una mano en los cajones de las plantas medicinales, la genciana, las hojas de sen, la salvia, la manzanilla … , y darle al molino de la mostaza, cerca del cual estaba la redoma de las sanguijuelas. Mi padre preparaba la tintura de yodo, un vino aperitivo, o las limonadas purgantes para el obispo de Solís. Se me aposentó en la imaginación una idea de las farmacias todas del mundo, que era mágica y fui curioso de ellas, recogiendo noticias de aquí y allá, preocupado de elixires y venenos, de la cosmética antigua y de la gloria almibarada de jarabes y de lectuarios, como los de la monja del Arcipreste (…). En estas páginas va reunida mi ciencia boticaria, mi saber de famacopea fantástica".

–**Juan José Millás**, uno de los autores más prolíficos de nuestro tiempo e inventor de los *Articuentos*, un género concebido como "crónicas del surrealismo cotidiano dosificadas en píldoras".

Millás afirma haber mantenido una singular relación con la farmacia a lo largo de su vida a partir de la lectura de los prospectos, de los cuales confiesa ser un auténtico devoto, hasta el punto de que, durante mucho tiempo, su sueño fue ser redactor de prospectos (la historia del *prospectus* –"examinar"– comienza con el Puchero de Riaza, un electuario contra las cuartanas preparado en 1820 por Frutos Sanz, con un precio de 25 reales, incluido el barro y el papel). Dice así Millás: "En mi casa, cuando yo me iniciaba en la lectura, había muchísimas medicinas y mientras mi madre se ponía ciega en la cocina de ansiolíticos, yo, sentado en la taza del retrete, me ponía ciego de prospectos. Y si a ella le hacía efecto la composición cuantitativa y cualitativa, a mí me hacía efecto la composición alfabética, el vocabulario, la sintaxis de aquellos prospectos maravillosos. Cualquier cosa que quisiera sentir la conseguía a través de estos papeles. Decía ansiolítico y un calambre de tranquilidad budista me recorría el cuerpo de la cabeza a los pies. En los exámenes, antes de empezar, decía "tranxilium, valium, trankimazín…" y me sentía enormemente relajado. Si decía anfetamina, enseguida me ponía más nervioso. Si quería sentirme francés, en lugar de amenorrea, leía amenoguea. Gracias a los prospectos llegué a sentirme simultáneamente relajado y francés, dos condiciones prácticamente imposibles de alcanzar en aquellos años".

No obstante, Millás denuncia el deterioro sufrido en los últimos años por este tipo de literatura y pone el siguiente ejemplo: "Una de las palabras más bellas de nuestro idioma, **antiflogístico**, ha desaparecido de los prospectos médicos. Antes se utilizaba mucho, pero ha sido sustituida por antiinflamatorio, que solo significa una cosa y, sin embargo, fíjense en la de cosas que puede decir antiflogístico. Antiflogístico".

–**José Luis Rey**, transmutado en el poeta pontevedrés Fernando Plata, que comenzó el oficio de vivir hace 26 años, se licenció en Farmacia por la Universidad de Santiago de Compostela y acaba de publicar su primer libro de poemas, que parece pasado por un alambique de destilación: *Himnos a los altos*.

Buen conocedor de la alquimia verbal de Coleridge, Plata se siente concernido por las Cartas a un joven poeta de Ranier Marie Rilke y confiesa que sus referentes son Jorge Guillén y Wallace Stevens ("la poesía es una respuesta a la necesidad diaria de arreglar el mundo"), aunque yo lo veo también cercano a Juan Ramón Jiménez. Dice haber sido zarandeado por la innovadora poesía expresionista de Georg Trakl y por sus versos capaces de calar hasta lo más hondo del hueso. Parece ser que la vocación farmacéutica de este singular poeta le viene de familia, pero seguramente su voluntad alquímica y su pasión literaria se le fueron acrecentando cada vez que, desde que era un niño de siete años, pasaba por delante de la escultura del loro Ravachol, uno de los personajes más queridos en Pontevedra, y supo por sus padres que allí, en la plaza de la Peregrina, se encontraba la botica del también galleguista y músico Perfecto Feijóo, famosa por sus tertulias de rebotica, en la que, además de destacados contertulios, como Emilia Pardo Bazán, Ramón María del Valle Inclán, Emilio Castelar, María Guerrero…, tuvo un gran protagonismo el loro al que se le atribuyen hechos y comentarios de gran ingenio. No me extrañaría que Fernando Plata haya soñado en más de una ocasión en haber participado en alguna de estas tertulias (o, al menos, haberlas contemplado a través del "ojo del boticario") para descubrir la enzima capaz de transfigurar la realidad más sencilla en la más sublime.■

Aurora Guerra Tapia

Magia

El que no cree en la magia
nunca la encontrará.

Roald Dahl (1916–1990)

Conseguir con arte o ciencia resultados aparentemente contrarios a las leyes naturales. Eso es la magia.

Desde la literatura hasta el espectáculo, desde los mitos al cine, desde los rituales hasta el divertimento, todos en alguna ocasión hemos compartido curiosidad y fascinación ante un buen truco o una mágica historia.

A mí me gusta la magia escénica, esa en la que los magos combinan la habilidad y la psicología. Yo soy de las inocentes, de las que esperan el engaño a sabiendas de su irrealidad, sin querer adivinar cómo se ha hecho. Mi cerebro recibe la información que le dan mis sentidos, la ordena, la filtra, y rellena los vacíos con sus posibilidades y sus previsiones. Y cuando ese conjunto de señales provocadas por el mago, llega a los niveles conscientes de mi mente, tras esa inmensa asamblea cognitiva, solo queda esa fantasía que yo sé alejada de la verdad, pero que es capaz de vivir en mi imaginación con la pujanza de un axioma.

Pero ¿existe magia en la medicina? Recuerdo a este respecto la publicidad de aquellas intervenciones quirúrgicas que aseguraban hacerse solo con las manos y sin anestesia, la del agua imantada que hacía desaparecer la dermatitis atópica, la de las pulseras magnéticas que juraban remediar la artrosis, la del champú para caballos que curaba la alopecia… Trampas para incautos fácilmente manipulables, o para desesperados que buscaban soluciones que la medicina no les ofrecía.

La magia en medicina no existe.

Sin embargo, he oído muchas veces de labios de mis pacientes, ante un buen y rápido resultado de un tratamiento, la frase:

–"Doctora, esto parece magia."

Y tenían un punto de razón.

Magia puede parecer que un cáncer de piel se cure con una crema; o que una enfermedad crónica deje de serlo con un tratamiento biológico; o que la corrección de una disbiosis evite la inflamación de órganos hasta entonces enfermos sin remedio.

Ciencia, pero no magia.

Todavía hoy quedan puntos aparentemente mágicos en las ciencias médicas. Uno de los que más me sorprende es el efecto placebo, consistente en obtener un beneficio sobre la patología del paciente, gracias a un tratamiento inerte, esto es, sin acción química o física, que se fundamenta en las expectativas y el estado emocional del sujeto. Ya sé que me dirán que hay un cambio inmunológico de origen psicógeno, pero sigue costándome comprender que algo tan palpable como las ronchas de una urticaria, disminuyan o desaparezcan solo por el estado de ánimo del paciente. Y eso está demostrado en los ensayos clínicos de alta evidencia científica, con un doble ciego del investigador y del enfermo. Casi magia.

Por otra parte, alejada ya de la ciencia y en mi intimidad más profunda, he de confesar que los magos me dan un poco de miedo. Sobre todo, si me miran a los ojos fijamente, y me dicen:

–"Se lo que hiciste."

Así que, yo por si acaso, siempre seré simpática y bondadosa con ellos, y les aconsejo que hagan lo mismo. Será mejor para su tranquilidad.

¿No creen?
¡Pues eso!

Experiencia y rigor científico al servicio de la salud y el bienestar de toda tu familia

Desde 1929 en Reig Jofre centramos nuestro mejor saber hacer en la investigación, el desarrollo, la producción y la comercialización de medicamentos y complementos nutricionales con el deseo de mejorar la salud y promover el bienestar de las personas en los cinco continentes.

Además, nuestra especialización tecnológica en inyectables, liofilizados, antibióticos y productos dermatológicos tópicos nos convierte en socios estratégicos clave de otros laboratorios para la fabricación de sus fármacos.

Reig Jofre es una compañía cotizada en el mercado de valores español.

REIG JOFRE

www.reigjofre.com

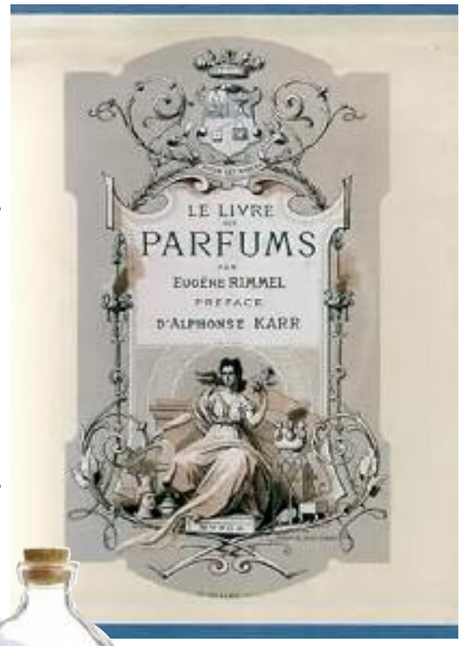
Conócenos mejor:

Victoria Lliso Roig

Aromas que persisten

del alquimista medieval al mostrador de la farmacia

Hay algo profundamente humano en la necesidad de fijar lo efímero. Desde que el primer alquimista observó cómo una flor perdida de jaba en sus dedos una huella invisible pero intensa, comenzó la larga historia del perfume: un intento obstinado por capturar el alma de las cosas. En sus inicios, los aromas no eran un lujo, sin un gesto de diálogo con los altares de Egipto, ardían en los templos griegos y viajaban en caravanas que atravesaban desiertos. El perfume nació como un puente entre lo terreno y lo sagrado, y solo después se convirtió en una caricia para el cuerpo.



Durante la Edad Media, las manos que preparaban aromas empezaron a parecerse más a las del farmacéutico que a las del sacerdote. En los ríos –los primeros laboratorios europeos– los monjes maceraban hierbas y destilaban flores, convencidos de que el olor podía no solo seducir, sino también curar. El perfume se volvió entonces medicina: bálsamo contra miasmas, escudo aromático contra la peste. La farmacia antigua olía a romero, a trementina, a mirra; pero también comenzaba a oler a curiosidad científica.

El Renacimiento liberó los aromas de la superstición, y los perfumistas adquirieron un rango casi cortesano. Ciudades enteras se identificaban por su bouquet: Florencia con su iris, Sevilla con su azahar, Grasse con su jazmín. El perfume se convirtió en identidad, en gesto social, en firma personal. Pero mientras la aristocracia se embelesaba con fragancias florales, la farmacia seguía conservando un vinculo más austero y práctico con los olores: tinturas, linimentos, alcoholes medicinales que ordenaban el mundo con su precisión botánica.

Fue ya en los siglos XIX y XX cuando ambas tradiciones –la hedonista y la farmacéutica– comenzaron a encontrarse. El auge de la química abrió la paleta del perfumista, pero también otorgó a las farmacias un papel inesperado: el de guardianes de la higiene y del cuidado corporal. Las antiguas boticas, con sus frascos de vidrio esmerilado, se llenaron de aguas de colonia, habones aromáticos y lociones que prometían tanto bienestar como elegancia.

En aquellos mostradores nacía un perfume distinto: uno cotidiano, democrático, que se infiltraba en los hogares y construía memorias familiares.

Hoy, en las farmacias contemporáneas, el perfume ha recuperado su dualidad original. Convive la fragancia sofisticada –refinada, casi museística– con el olor modesto de las cremas hipo alergénicas, de los geles suaves, de las fórmulas pensadas para la piel sensible.

La farmacia es el lugar donde el perfume abandona la pretensión y se convierte en gesto intimo: un aroma que acompaña la salud, la rutina, el día a día. Allí, entre estanterías blancas y luz clínica, los frascos aún guardan algo del misterio antiguo: la promesa de transformar lo in- visible en presencia.

Porque el perfume, en cualquier época, es un arte de la memoria. Una respiración que despierta escenas, rostros, veranos remotos. Y quizá por eso su estancia en la farmacia resulta tan natural: ambos comparten la aspiración de cuidar lo que somos, de preservarlo frente al olvido. El perfume, desde sus templos de incienso hasta los actuales anaqueles farmacéuticos, sigue siendo una forma luminosa de resistencia: un modo de afirmar que lo más fugaz puede, a veces, perdurar.■

AEFLA SOCIOS

INSCRIPCIÓN
PARA NUEVOS SOCIOS
SOLO *ONLINE*

En el enlace siguiente hay una pantalla para inscripciones *online*:

https://www.aefla.org/hazte-socio.php

1 ☞ Entrar en la página web de AEFLA www.aefla.org
2 ☞ Pulsar "HAZTE SOCIO"
3 ☞ Rellenar los datos personales y bancarios
4 ☞ Enviar la solicitud
5 ☞ Recibirás la confirmación con un saludo de bienvenida en tu correo electrónico.

Información y consulta para socios: **Teléfono: 624 986 094**
contacto email: **info.aefla@gmail.com ✏ pliegos@aefla.org**

Asuncion Vicente Valls

Florencia
no solo arte (I)

Caminar bajo una fina lluvia en Florencia, es una grata experiencia que permite sentir la ciudad de una forma distinta. La luz velada y la niebla que asciende del Arno cubriéndola bajo una suave gasa, unida al color verde amarillento del agua, le dan un aspecto etéreo, casi irreal; mientras en las fachadas de sus palacios, las piedras se entrelazan en sus ostentosos almohadillados y se cubren de una capa suave de musgo verde. En una tarde que se desvanece, es momento de refugiarse en alguno de sus muchos museos para seguir descubriendo una ciudad, que se cuenta entre las más hermosas del mundo, haciendo que el visitante vuelva una vez tras otra, para seguir admirándose de la belleza que atesora.

Sus muchas obras artísticas nos rodean por doquier, pero Florencia es mucho más que pintura, escultura o arquitectura, es música y también es ciencia. Los Medici fueron grandes mecenas de las artes en todas sus expresiones y, sobre todo, los últimos integrantes de la dinastía fueron protectores de las ciencias en todas sus disciplinas.

Los últimos Medici, así como los Lorena, que se adjudicaron el Ducado a la muerte de Gian Gastone, el último Gran Duque de Toscana, al morir este sin descendencia, se ocuparon de proteger a investigadores y científicos durante los siglos XVII y XVIII, siglos fundamentales en el desarrollo de las ciencias. Descubrir esta riqueza científica en una ciudad que se visita por su arte, es un privilegio inesperado que recomiendo a todo viajero. El museo Galileo Galilei posee la colección de instrumentos científicos y aparatos experimentales, más significativa del país y una de las más importantes del mundo.

Es con la llegada de Cosimo I (1519-1574) al poder en la Toscana, cuando se inicia la promoción de programas culturales orientados a temas científicos. Si los instrumentos astronómicos celebraban el inmenso poder de los Medici, los topográficos ponían de manifiesto un nuevo modo de hacer la guerra que dejaba de ser un arte caballeresco, para pasar a ser una ciencia matemática. Por otra parte, se fundan en 1544 los jardines botánicos de Pisa y en 1545 los de Florencia y, se forma una colección de excepcionales instrumentos científicos que se exhiben en principio en la Sala de las Cartas del Palazzo Vecchio. Allí lucían su esplendor los artilugios mecánicos, astrolabios, esferas armilares, instrumentos de perspectiva, relojes solares y nocturnos, junto a mapas pintados en las puertas de los armarios que conservaban las colecciones naturalistas.

Francesco I (1541-1587) prefirió las prácticas alquímicas, el estudio de las cualidades de los medicamentos llamados "simples" y los procesos de elaboración y trasformación de los metales. Su hermano y sucesor, Ferdinando I (1549-1609) continuó dedicando varias salas a la cosmografía, presididas por la gigantesca esfera armilar de Antonio Santucci, portulanos, mapas geográficos, modelos de máquinas y fortalezas, artilugios utilizados en la arquitectura militar, orologios solares y nocturnos, astrolabios, esferas celestes, así como el instrumental de mediciones para poner en valor la ciencia matemática clásica, que se guardan en cajas de maderas nobles primorosamente ornamentadas.

Años más tarde, hacia 1610 Galileo Galilei ya se encontraba con sus nuevas teorías, al servicio del Gran Duque Cosimo II (1590-1621) al que dedicó el descubrimiento de los satélites de Jupiter, que denominó *Medicea Siderea*. Aquí se pueden admirar el compás geométrico y militar, los *cannocchiale* de Galileo, con lentes de diversos tamaños, compases geométricos, barómetros e higrómetros termómetros espirales, una máquina calculadora y una buena muestra de microscopios.

Los descubrimientos astronómicos parecían ofrecer una solución al importante problema del cálculo de la longitud, materia que interesaba sobremanera a los Medici, a fin de consolidar su prestigio político y militar como potencia marítima, no en vano, su puerto de Livorno era uno de los más importantes para el comercio en el Mediterráneo. En las vitrinas admiramos los instrumentos náuticos, donados a la colección gran ducal por el almirante inglés Sir Robert Dudley, autor del tratado *Dell´arcano del mare*, una de las contribuciones científicas más relevantes de la navegación, obra dedicada a Ferdinando II de Medici (1610-1670)

Los avances científicos de Galileo después de la condena a la que fue sometido por la Iglesia y que le obligó a retractarse de sus postulados, hizo que los Medici cambiaran sus objetivos en la protección de las ciencias, abandonaron el cielo y los satélites, para evitar enfrentamientos y apostaron por la ciencia experimental. A Ferdinando II y a su hermano Leopoldo, se debe la fundación de la Academia del Cimento, la primera sociedad científica europea fundada en 1657 tres años antes que la Royal Society de Londres. Era este un lugar de reunión y estudio, donde se promovía la difusión del método experimental de Galileo y se construían los objetos científicos que demostraban las nuevas teorías. Han llegado hasta nosotros aparatos de vidrio fabricados para experimentos de termometría, barimetría y neumática, galvanómetros, pirómetros y sofisticadas máquinas magnetoeléctricas.

Cosimo III (1642-1723) prefirió la botánica, dedicándose de lleno a las especies vegetales, pero a principios del siglo XVIII brindó su apoyo al matemático Vincenzo Viviani, discípulo de Galileo, que se erigió en ferviente difusor de su obra, logrando que sus teorías y experimentos perduraran a pesar de su proceso y llegaran al siglo XIX.

La casa Medici dejó de gobernar Toscana en 1737 y el Gran Ducado pasó a Francesco Stefano de Habsburgo-Lorena. Sus sucesores siguieron reorganizando las colecciones científicas mediceas, dotando a la colección de equipos modernos, laboratorios y talleres para el trabajo y enseñanza de los maestros, una vez instalada la colección en el Palazzo Torrigiani, cercano al Palazzo Pitti. Al núcleo central de instrumentos procedentes de las colecciones Medici, se añadieron con los años instrumentos de precisión, máquinas de división, el banco químico y varios instrumentos de física.

La extraordinaria colección de instrumentos científicos estuvo expuesta durante dos siglos en las salas de los Uffizi, acompañando a las grandes obras maestras del arte antiguo y del renacimiento en una simbiosis perfecta, que tal vez debería volver, para demostrar que los saberes se complementan, enriquecen y hacen de esta ciudad una referencia artística y científica. ■

Inés Sánchez

El espejo oscuro de la Laguna Negra

La intriga fue la primera sensación cuando iniciamos los preparativos para el viaje; pero mis miedos se disipaban cuando mi padre me miraba con esa sonrisa cariñosa y burlona a la vez, sin querer darme pistas de lo que íbamos a encontrar en Soria.

Ir a una laguna negra asusta, cuando aún no has cumplido quince años.

La Laguna Negra, está escondida en los Picos de Urbión (Soria), y es uno de esos lugares donde sientes que te adentras en un escenario casi sagrado. Empezamos el ascenso desde Vinuesa a la zona montañosa entre cientos de pinos albares que parecían columnas de un templo vegetal.

Yo, en plena adolescencia, sentía que algo muy especial estaba a punto de ocurrir.

Recuerdo que el sendero, siempre cuesta arriba, serpenteaba entre sombras frescas, hojas caídas y olor a resina. A medida que ganábamos altura, el murmullo del bosque se atenuaba, como si incluso el viento guardara respeto. El silencio se apoderaba del lugar y yo solo oía mi propia respiración. Entonces, tras un último recodo, apareció la laguna: oscura, quieta, rodeada de paredes de roca; y su superficie, tan negra que parecía absorber la luz, esconder secretos y albergar leyendas de traiciones durante siglos. Nos quedamos todos petrificados y en silencio contemplando la laguna y sospechando que ocultaba horrores inconfesables.

La laguna tiene unos 8 metros de profundidad, pero su color negro se debe a la sombra perpetua de los farallones graníticos y a la composición del fondo, rico en materia orgánica. La explicación de su color es menos fantástica y más geológica: la laguna se formó en la última glaciación. Su contemplación es francamente impresionante.

Mi padre llevaba preparado un texto que escuchamos todos expectantes desde un borde de la laguna. Nos leyó un romance titulado "La tierra de Alvargonzález" del insigne escritor y poeta Antonio Machado que, sin duda, le inspiró al contemplar este paraje. Es un romance incluido en la obra "Campos de Castilla" y narra una trágica historia de codicia y parricidio en la España rural. Dos hijos asesinan a su padre para heredar sus tierras, y arrojan su cadáver a la laguna. Los hijos culpan a un buhonero inocente del crimen y es ejecutado por las autoridades; pero la tierra se vuelve infértil bajo su posesión, llevando a los asesinos, consumidos por la culpa y la locura a su muerte final en la Laguna Negra.

La imaginación de Antonio Machado ha convertido este lugar en escenario de tragedias y misterios, que muchos visitantes buscan en sus aguas el eco de aquellas historias, incluso hoy.

Para viajeros curiosos como nosotros, la experiencia no terminó en la orilla. Desde la laguna parte una ruta que asciende hasta los 2.228 metros del Pico Urbión, donde nace el río Duero. Es una caminata exigente pero recompensada con vistas que abarcan media Soria. En invierno, el acceso puede quedar limitado por la nieve, y en verano por las aglomeraciones; pero siempre merece la pena.

La Laguna Negra para mí; no es solo un destino: es un estado de ánimo que me permite recordar los buenos momentos vividos con mi padre. Es un lugar que invita a bajar la voz, a reflexionar, a mirar despacio, a recordar que aún existen rincones donde la naturaleza conserva su misterio intacto.

Quien la visita regresa con la sensación de haber respirado una atmósfera misteriosa que se quedará grabada en tu memoria para siempre.■

Enrique Granda

Entre la razón y el temblor

una lectura de Entre Kant y canto

Hay libros de poesía que se empeñan en ser ingeniosos, modernos, irónicos. Y luego están los que, con una tranquilidad casi antigua, se toman en serio el misterio de existir. "**Entre Kant y canto**" pertenece sin complejos a esta segunda especie, esa que hoy parece exótica: poesía que piensa, y pensamiento que no se avergüenza de cantar.

Entre Kant y canto es el más reciente fruto de la trayectoria lírica de José Félix Olalla Marañón, un autor que escribe como se hacía antes: con paciencia, con gravedad y con fe en la palabra. No hay aquí pirotecnia ni guiños posmodernos. Hay algo más arriesgado: una búsqueda espiritual sostenida.

Desde el prólogo, firmado por **Bruno Rosario Candelier**, se perfila con claridad el marco de lectura: Olalla como "pensador y poeta", como creador que funde imagen y concepto, filosofía y emoción. Candelier subraya ese cruce entre conciencia y sensibilidad, entre ética y trascendencia, que atraviesa todo el libro. Y no exagera. El poemario dialoga abiertamente con la tradición filosófica, en especial con Kant, pero sin ponerse académico ni rígido. La reflexión se encarna en imágenes, no en lecciones.

ENTRE "KANT Y CANTO"
José Félix Olalla Marañón
Editorial Santuario.
República Dominicana. 65 páginas.

La apuesta del autor es, en el fondo, clásica: entender el mundo para poder cantarlo. Pensar para poder orar. O al revés. Su poesía se mueve "entre el pensamiento y la creatividad", entre "la filosofía y la poesía", como se señala en el propio volumen

Nada de fuegos artificiales. Más bien una especie de ascética del lenguaje. Olalla escribe como quien talla piedra: pocas palabras, densas, meditadas. Su tono recuerda a cierta tradición mística española, de san Juan de la Cruz a los poetas interioristas contemporáneos, donde la poesía no es exhibición sino ejercicio espiritual.

Lo más valioso del libro es su coherencia. No hay poemas de relleno ni experimentos caprichosos. Todo responde a una misma concepción: la poesía como conocimiento. Como forma de interrogar el sentido último de la realidad. En tiempos donde muchos versos parecen tuits alargados, esta fidelidad a una idea alta del poema resulta casi revolucionaria.

Y, paradójicamente, también cercana. Porque, bajo la filosofía y el símbolo, late algo muy humano: la necesidad de comprender el dolor, la soledad, la belleza, la presencia de lo divino en lo cotidiano. Olalla no pontifica; comparte una búsqueda.

Al final, *Entre Kant y canto* se lee como esos libros que no tienen prisa. Se pueden abrir por cualquier página y quedarse pensando, que ya es bastante. Poesía para lectores que todavía creen que la literatura sirve para algo más que entretener cinco minutos en el metro.

Un libro serio, sereno y honesto. Y eso, en el panorama actual, casi suena a acto de resistencia. ■

José Félix Olalla

Anhelado Madrid

José Vélez García-Nieto

● Vitruvio, De jaque ● Madrid 2025 ● 294 páginas ●

Manuel Pomarón, un intelectual que ha colaborado con la asociación de farmacéuticos de letras y artes, sostiene que la historia es tan interesante por sí misma que es preferible leer libros directos antes que novela histórica, pero también reconoce que esta última es hoy la más atendida, por encima de la novela policiaca o de la novela negra. Sus cultivadores necesitan crear además de interpretar, conocer a la vez que imaginar, y les está permitido tomarse algunas licencias que deberán ser validadas por los propios lectores.

El siglo XIX en Europa fue un tiempo convulso con encarnizadas contiendas y superficiales periodos de aparente paz. En él se sumerge José Vélez para añadir ficción a los hechos fijos y siempre incompletos, que ofrecen las coordenadas puramente objetivas.

Del cuarto matrimonio de Fernando VII, varios años antes de que comience el calendario de *Anhelado Madrid*, nació la princesa Isabel a quien su padre quiso dejar por heredera. Para ello publicó la *pragmática sanción* que derogaba la Ley Sálica establecida por Felipe V y se desencadenó en tres fases una larga y desastrosa guerra civil.

A partir de su matrimonio con Carlos de Borbón, Duque de Madrid y pretendiente carlista al trono español, Margarita de Borbón y Parma fue considerada por sus partidarios como reina consorte titular. A ella, a este personaje tan singular como olvidado, se atiene principalmente el libro que lleva por segundo enunciado *La reina que pudo ser*. Margarita había nacido en Lucca en el arranque del año 1847 y moriría en Viareggio sin llegar a cumplir los cincuenta años. Una piamontesa amiga suya, Paola de Francesco, tras poner orden en sus papeles, cartas y recuerdos, nos sirve de narradora para contar esta historia que pertenece a la mejor escuela de este género novelístico.

La escritura que adopta Vélez por medio de una mujer, trascurre en primera persona otorgando agilidad al relato y la elección de personajes femeninos se corresponde con la buena introspección psicológica que ya se pusiera de manifiesto en *Algarabía* la primera novela del farmacéutico y periodista que fue secretario y presidente de AEFLA.

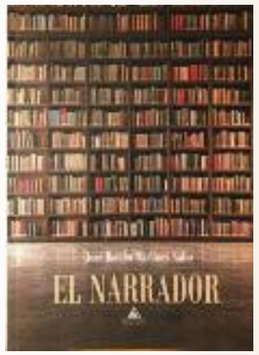
El autor consigue que personajes reales intervengan en la ficción de la trama y que otros meramente imaginarios tomen la rienda de hechos contrastados y es que la literatura, especialmente la narrativa, crea simulacros de realidad y evoca sujetos que se mueven en el teatro del mundo de cada día.

De esta manera, Margarita emprenderá hacia el final de su vida un viaje a su anhelado Madrid, un viaje que no parece haber tenido lugar en la biografía de la protagonista pero que añade coloración al relato y presenta la juventud de dos escritores que ya apuntaban a la cumbre del realismo español: Armando Palacio Valdés y Benito Pérez Galdós.

En esta obra no hay perfiles caricaturescos, no hay subrayados de poco gusto. El autor mantiene sus acreditados modos personales y la finura en las formas y en el fondo. Mira con simpatía a su personaje principal pues con ese propósito le ha buscado a una amiga íntima como reportera, y se muestra crítico con el comportamiento público y privado del pretendiente carlista.

Vélez no necesita explicar el marco y los hechos verídicos que ha utilizado para su novela, pero los desvela parcialmente en alguna de las quince notas al pie en las que comenta ciertos extremos como el establecimiento por Margarita de una clínica de campaña a la que denominó Hospital de la Caridad y en la que acogía a combatientes heridos de uno y otro bando.

Sin duda nos encontramos ante un importante paso en la obra narrativa de José Vélez que deberían leer los aficionados a la historia y los buscadores de buena literatura. ■



El narrador

José Ramón Martínez Salio

● Ediciones Atlantis ● BMadrid 2025 ● 173 páginas ●

El novelista, el narrador, la novela, ¿una sola voz desdoblada o tres voces distintas que confluyen en los hechos? En todo caso el planteamiento que propone el autor de este libro resulta ser un cauce adecuado, a la vez que original, para contar una historia. El novelista escribe la novela y su personaje tendrá que interpretarlo, pero solamente el narrador podrá situarse un par de pasos por detrás de los acontecimientos.

Portador de un lenguaje reflexivo que se mueve entre lo vivencial y lo cotidiano, y que aborda los grandes asuntos que conforman el misterio y la insatisfacción de la vida, José Ramón Martínez Salio es un leonés afincado en Madrid, ingeniero industrial, que se presenta en sociedad con esta primera entrega de su labor literaria.

Está ubicada en un tiempo presente, reconocible desde las redes sociales caprichosas, hasta llegar al vértigo de la inteligencia artificial. Pocos tienen paciencia para detenerse, para estudiar y así puede alcanzar el triunfo un escritor que nunca haya escrito nada salvo una colección de comienzos de relatos que no tienen continuidad. Los tres agentes acaso terminarán su tarea.

Ocurre además que al lector le espera una sorpresa hacia la mitad del libro en forma de un descubrimiento científico tan relevante que cambiará la faz de la tierra. Martínez Salio, no sé si con ironía, lo otorga a la Universidad Complutense de Madrid. No le corresponde a un comentarista revelarlo, pero sí al menos subrayar la inflexión que se produce en el libro.

Quien lo haga por sus propios pasos se acompañará de personajes ilustres como Joaquín Sabina y Leonard Cohen o como Dámaso Alonso y Jorge Luis Borges y entrará en el fabuloso mundo de la ficción en el que nadie puede detenerse sin hacerse daño. Los sabores, entonces, serán más intensos, los olores más profundos. ■

Batecs

Josep Maria Arnau

● Témenos ediciones ● Barcelona 2025 ● 164 páginas ●

Un novelista puede dedicar páginas enteras a cualquiera de sus personajes penetrando en su intimidad, revelando al lector sus pensamientos más ocultos, sin poner coto a sus pretensiones. Un escritor de cuentos lo tiene más difícil, un autor de microrrelatos simplemente no puede hacerlo.

El microrrelato tiene el aire de un chispazo o de un relámpago en la oscuridad, funciona o no funciona, según el acierto de su creador quien, en definitiva, se la juega en unas pocas frases; de ahí el vertiginoso atractivo de un género literario que se encuentra en plena expansión.

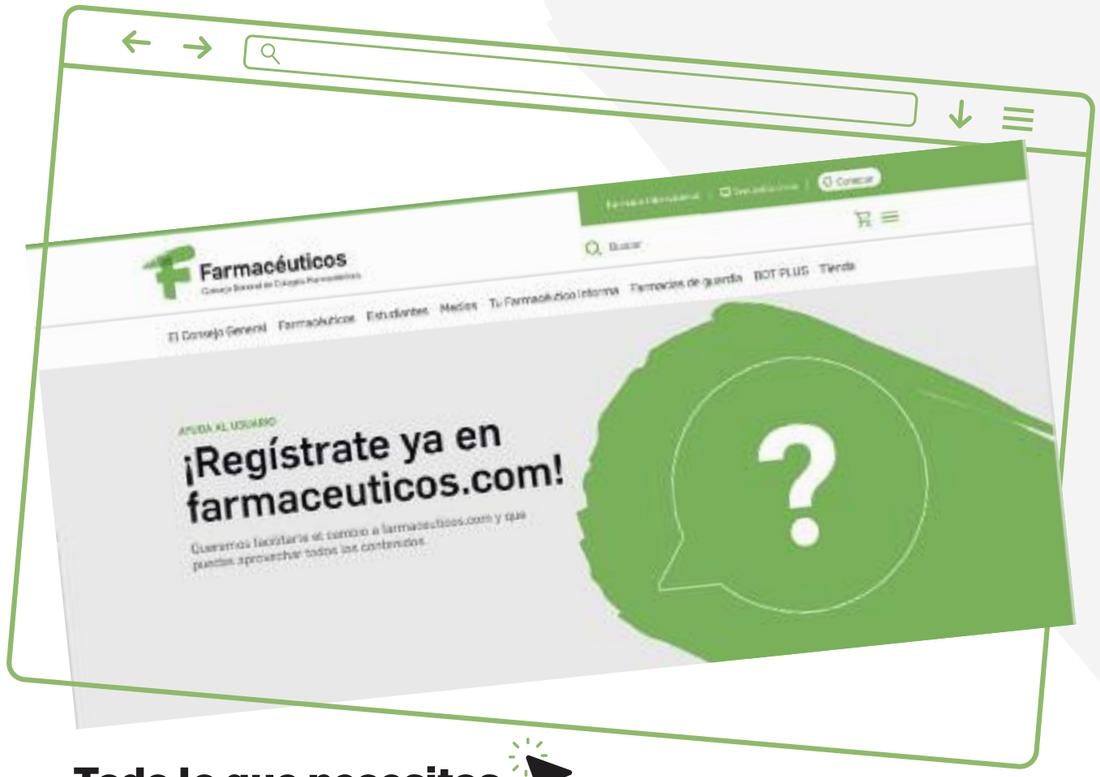
Batecs, latidos, es la segunda entrega de Josep Maria Arnau, farmacólogo cuya trayectoria ha impactado en la literatura escrita en lengua catalana pero cuya ópera prima fue traducida al castellano bajo el título de In crescendo. Si entonces los relatos aumentaban uno a uno en el número de palabras aquí van descendiendo según avanzan las composiciones hasta terminar en el *haiku* y en el aforismo.

Un solo momento capturado en palabras, la cita pertenece al japonés Matsuo Bashó y abre las últimas páginas en las que el autor despliega la poesía. Si en los aforismos predominaba la reflexión y eso les separaba de las greguerías que se basan antes que otra cosa en el sentido del humor, en estos diecinueve *haikus* se encuentra una novedosa forma de expresión que pone de relieve otra faceta feliz de Arnau.

Antes encontramos los microrrelatos en la constitución principal del trabajo. Titulados con palabras cuidadosas para que no condicionen al lector sino acaso al final de su lectura, son breves historias en conflicto, cercanas y en ocasiones duras, pero que se preocupan en serio de las circunstancias del hombre. Ahí están las relaciones familiares, la medicina, la soledad y hasta la orquesta filarmónica de Berlín, aderezadas con la sorpresa y el talento de quien ha escrito que la elipsis tiene siempre los brazos abiertos para ensancharse. ■

Farmacéuticos
Consejo General de Colegios Farmacéuticos

Date de alta
y aprovecha todo su contenido
www.farmaceuticos.com



Todo lo que necesitas
para tu desarrollo profesional

Además...
Ya puedes acceder a todas los números de **Pliegos de Rebotica digitales**
¡Accede directamente desde aquí!

Formación
Próximos cursos
Campañas sanitarias

Farmacia Asistencial
Proyectos de investigación
HazFarma

Agenda
Jornadas y Congresos
Webinars

BOT PLUS
Suscripción y acceso
Soporte técnico

Publicaciones
Revista Farmacéuticos
PAM
Informes técnicos
Puntos farmacológicos

Recursos
Farmahelp
CISMED
Precios de medicamentos
Alertas Farmacéuticas....

Carlos Lens Cabrera

Perros guía *ayuda inestimable para los ciegos*

La lucha contra la discapacidad forma parte de la estrategia de supervivencia de los seres vivos. La evolución biológica, sustentada en mutaciones genéticas y selección natural, requiere generaciones para consolidar cambios adaptativos. Sin embargo, el individuo no puede esperar a que su genoma mute: debe compensar sus limitaciones con los recursos disponibles. En este contexto, la solidaridad —fenómeno que alcanza su máxima expresión en los homínidos— constituye una forma avanzada de cooperación intraespecífica para evitar que los miembros más vulnerables queden rezagados.

Un estadio diferente lo representa la solidaridad entre especies. La historia de la humanidad está jalonada de ejemplos de colaboración con otros mamíferos. El caballo precedió ampliamente al perro guía como aliado funcional del hombre. Sin embargo, la utilización sistemática de perros entrenados para guiar a personas ciegas es relativamente reciente y responde a una concepción moderna de la discapacidad: no como destino inexorable, sino como condición susceptible de compensación mediante recursos técnicos, sociales y biológicos.

La ceguera continúa siendo un problema de salud pública de enorme magnitud. Aunque los avances en Oftalmología han reducido la carga de enfermedad evitable, millones de personas presentan ceguera o discapacidad visual grave. Desde la invención del sistema de lectura táctil por Louis Braille en 1824 hasta las actuales tecnologías de apoyo, la historia de la inclusión de las personas con discapacidad visual es también la historia del progreso sociosanitario. En este marco se inscribe el perro guía: no como simple acompañante, sino como sofisticada herramienta biológica de asistencia.

Las primeras escuelas modernas de perros guía surgieron en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, en respuesta al elevado número de soldados que habían perdido la visión. En España, la institución de referencia es la Fundación ONCE del Perro Guía (FOPG), cuya Escuela, ubicada en Boadilla del Monte (Madrid), inició su actividad en 1989 tras un proyecto formativo que permitió conocer de primera mano la experiencia británica. En sus tres décadas largas de existencia ha entregado más de 4.000 perros guía y se ha consolidado como centro principal de formación en nuestro país.

La calificación de perro guía no es meramente nominal. La International *Guide Dog Federation* (IGDF) establece estándares internacionales que garantizan homogeneidad en selección, adiestramiento y certificación. Solo los animales y usuarios que cumplen estos requisitos disfrutan de los derechos reconocidos por la legislación. En España, el marco normativo se ha actualizado recientemente mediante el Real Decreto 409/2025, que armoniza criterios de selección, formación, servicio y retirada, y refuerza el reconocimiento jurídico de la denominada "unidad de vinculación", integrada por el binomio perro–usuario.

La formación de un perro guía es un proceso largo, complejo y altamente protocolizado. El adiestrador debe superar un programa formativo de tres años y reunir competencias técnicas y psicológicas regladas. La tarea no se limita al entrenamiento del animal: incluye la evaluación y posterior acoplamiento con el usuario, que a su vez ha sido sometido a valoración física y psicológica.

Todo comienza con la selección genética. Las madres reproductoras son escogidas tras un cuidadoso análisis acumulado a lo largo de más de treinta generaciones. El banco de semen de la Escuela figura entre los más importantes del mundo. La metodología combina criterios fenotípicos, conductuales y sanitarios, con el objetivo de optimizar rasgos como estabilidad emocional, capacidad de concentración, sociabilidad y robustez física. En un contexto en el que la prevalencia de hipersensibilidad a alérgenos supera el 20% en países desarrollados, se han desarrollado líneas con menor potencial alergénico, muestra de cómo la selección tiene en cuenta no solo el temperamento, sino también variables de salud pública relevantes.

No todos los cachorros nacidos en la Escuela llegan a convertirse en perros guía. Tras el destete, alrededor de los dos meses, se someten a una primera evaluación física y psicológica. Solo quienes superan este filtro acceden a la fase de educación. Esta se desarrolla en el entorno de una familia voluntaria, donde el animal convive durante aproximadamente un año. La exposición a rutinas cotidianas —desplazamientos urbanos, permanencia en entornos laborales, interacción social— favorece la maduración conductual y el desarrollo de competencias adaptativas.

Al regresar a la Escuela, comienza el adiestramiento específico. Durante cerca de dos años se entrenan habilidades como la detección y señalización de obstáculos (bordillos, escaleras, desniveles), la identificación de pasos de peatones y accesos, y la llamada "desobediencia inteligente": la capacidad de ignorar una orden si su cumplimiento pone en riesgo al usuario. Pese a lo riguroso del proceso, algo menos del 50% de los perros son finalmente descartados para la función de guía y destinados a otros cometidos.

El acoplamiento entre perro y usuario constituye una fase crítica. Ambos conviven durante una o dos semanas en régimen residencial bajo supervisión intensiva. Cada perro posee un perfil psicológico propio, al igual que cada usuario presenta carácter y hábitos diferenciados. La experiencia del equipo profesional resulta determinante para lograr el "hermanamiento", tras el cual ambos conforman la unidad de vinculación reconocida legalmente.

El acceso del perro guía a espacios públicos es prácticamente universal, con limitaciones muy concretas —por ejemplo, en áreas de elaboración de alimentos o determinadas zonas clínicas— justificadas por razones sanitarias. No obstante, persisten episodios de desconocimiento que equiparan erróneamente al perro guía con una mascota convencional, obviando su condición de instrumento asistencial certificado.

Desde el punto de vista jurídico, el usuario no es propietario del animal, sino usufructuario. La titularidad corresponde a la FOPG, mientras que el usuario asume el compromiso de cuidado integral, incluida la atención veterinaria. La jubilación se establece, como norma general, antes de los diez años de edad, aunque puede adelantarse por razones de salud o rendimiento. Llegado ese momento, el usuario debe decidir si se separa del animal para recibir uno nuevo o si mantiene la convivencia, ya sin funciones laborales, como reconocimiento a los servicios prestados. La Escuela dispone de residencia para perros jubilados.

La eficacia del perro guía depende también de la naturaleza de los desplazamientos. En itinerarios rutinarios, el nivel de ayuda es máximo; en trayectos novedosos, el animal puede requerir apoyo adicional, como seguir a un tercero previamente instruido. Aunque posee notable memoria espacial, su desempeño óptimo se alcanza cuando existe coherencia en las rutas y comunicación clara entre ambos miembros de la unidad.

Más allá de su función instrumental, el perro guía ofrece un componente afectivo singular. Educado en un entorno que combina firmeza y afecto, establece vínculos diferenciados: reconoce al usuario como líder operativo y puede mostrar especial apego hacia otros miembros del entorno familiar. Esta dimensión emocional no es accesoria, pues contribuye al bienestar psicológico del usuario y refuerza la estabilidad de la relación.

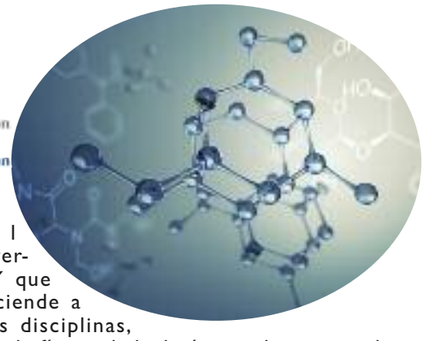
El sostenimiento de este sistema requiere recursos considerables. En la Escuela de Boadilla trabajan alrededor de 80 profesionales y se alojan unos 200 perros. La gran mayoría de los animales se entrega sin coste al usuario final, lo que refleja un compromiso institucional significativo. Además, la FOPG mantiene convenios con otras escuelas para transferir conocimiento y experiencia, favoreciendo la difusión de estándares de calidad.

En enero de 2026 se inauguró la ampliación de las instalaciones de Boadilla, con nuevas perreras acristaladas, parideras y espacios cubiertos que incrementan el bienestar animal. El complejo incorpora hospital veterinario clínico, laboratorios y salas de estimulación sensorial destinadas a potenciar el desarrollo cognitivo temprano de los cachorros. Esta integración de cría, asistencia sanitaria y estimulación conductual ilustra un enfoque multidisciplinar donde confluyen genética, etología, veterinaria y ciencias del comportamiento.

En suma, el perro guía representa una forma avanzada de cooperación entre especies sustentada en bases científicas, normativas y éticas sólidas. Para el profesional sanitario —y muy particularmente para el farmacéutico, implicado en la atención a pacientes crónicos y en la promoción de la salud— comprender el alcance de esta herramienta biológica de asistencia contribuye a una visión más amplia de la discapacidad visual: no solo como patología oftalmológica, sino como condición susceptible de compensación mediante intervenciones integradas. El perro guía no sustituye a la visión, pero amplía la autonomía, la seguridad y la calidad de vida de quienes carecen de ella, convirtiéndose en ejemplo tangible de cómo la ciencia y la solidaridad pueden converger en beneficio del ser humano.

Cecilio J. Venegas Fito

Quimicofobia
y la tabla maravillosa (y II)



Hablábamos en el número anterior de *Pliegos* de la sociedad quimicofóbica, esa que ignora las siderales ventajas que para nuestra civilización ha supuesto contar con la presencia de la química en nuestra vida cotidiana. E iniciábamos una información sobre la tabla periódica. Esa ordenada sucesión de elementos químicos que nos permite gozar de un conocimiento particular de cada uno de ellos, con la enorme prerrogativa del conocimiento agrupado proveniente de su seriación.

Pues bien, sabemos que un elemento químico es la parte de la materia constituida por átomos de la misma clase y que no puede ser descompuesta en otras más simples mediante una reacción química. Cualquier ser, vivo o inerte, está constituido por elementos químicos. Por ejemplo, en los 150 gramos de un móvil se pueden encontrar alrededor de 30 elementos químicos distintos, y en el cuerpo humano casi el doble.

Hasta ahora se han descubierto y confirmado 118 elementos. Los dos últimos son teneso y oganesón. Grandes laboratorios de Japón, Rusia, Estados Unidos y Alemania compiten hoy por ser los primeros en obtener los siguientes: el 119 y el 120.

Pero ¿qué es la tabla periódica de los elementos? Es una tabla donde todos los elementos se ordenan por su número atómico (Z) – número de protones–, una disposición que muestra tendencias periódicas y reúne a aquellos que tienen un comportamiento similar en una misma columna o grupo. Se trata de una herramienta única, maravillosa, que permite a los científicos predecir la apariencia y las propiedades de la materia en la Tierra y el resto del Universo. Y que trasciende a otras disciplinas, como la física y la biología, y se ha convertido en un icono de la ciencia y de la cultura universal.

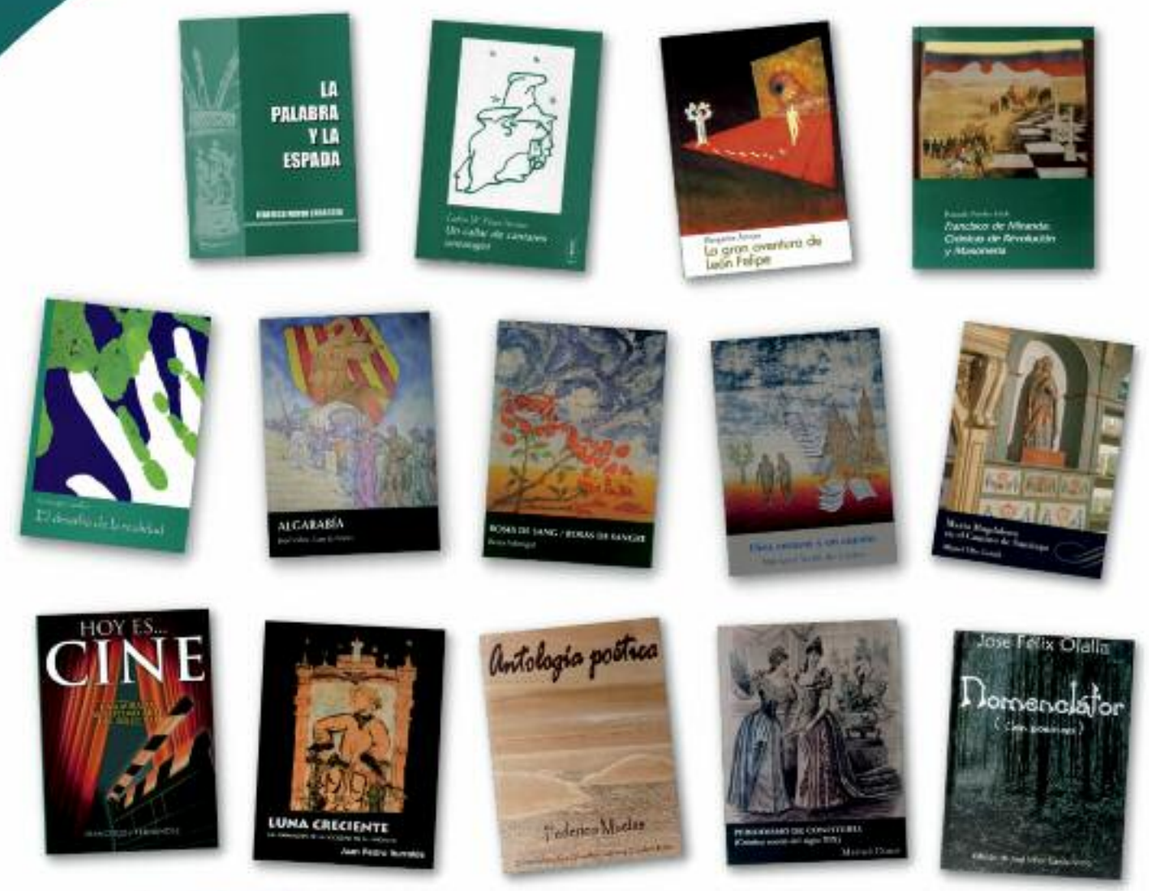
Respecto a la conformación de la tabla periódica tal como hoy la conocemos, debemos decir que a mediados del siglo XIX ya se conocían 63 elementos, pero los químicos no se ponían de acuerdo sobre la terminología y cómo ordenarlos. Para resolver estas cuestiones se organizó en 1860 el primer Congreso Internacional de Químicos en Karlsruhe, en Alemania, una reunión trascendental, y allí el italiano Stanislao Cannizzaro estableció de forma clara el concepto de peso atómico-masa atómica.

Sobre este concepto, la de Mendeléiev fue una idea rompedora al hacer predicciones y dejar huecos de elementos que se descubrirían después, como el galio en 1875 y el escandio. No obstante, para algunos autores, la versión definitiva de la tabla se consiguió gracias a la ley periódica que presentó el británico Henry Moseley a comienzos del siglo XX.

Y esta es la historia resumida de un instrumento maravilloso que ha ayudado como ninguno a potenciar y domesticar cualquier tipo de influencia negativa de la tan 'peligrosa' química.

¿De verdad tendríamos razones objetivas para padecer quimicofobia, o por mejor decir, quimicobobia? ¿O resultará ser otro terraplanismo negacionista? ■

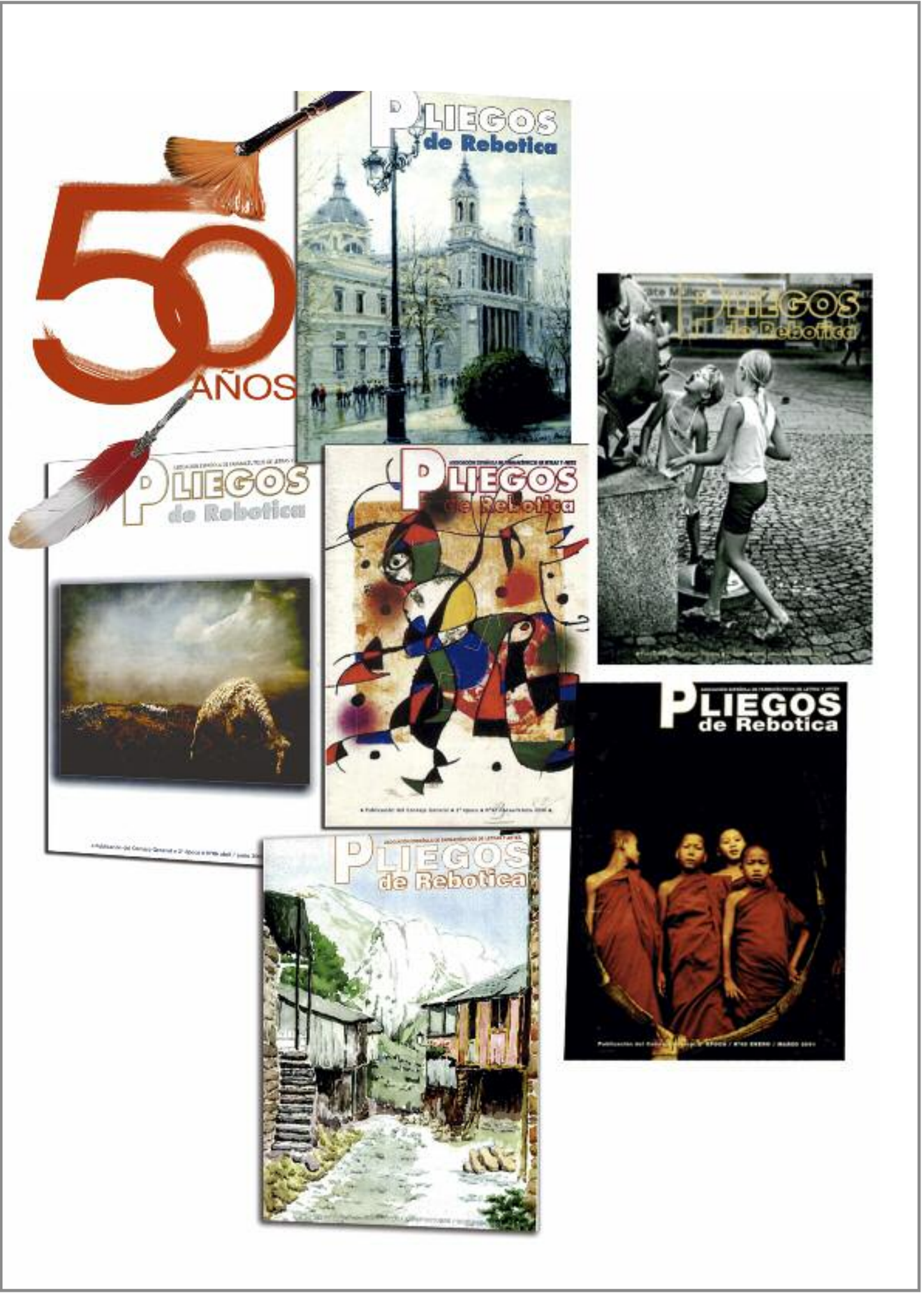
¡Disfruta de la colección PHARMA-KI!



AEFLa
Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes

Si estás interesado en recibir alguno de nuestros títulos
Tambien:https://www.amazon.com/TODO-COMO-EN-BOTICA-PHARMA-KI/dp/8493574996

aefla.org


50 AÑOS
PLIEGOS de Rebotica